Ve hacia la luz

Rubén Darío Lésmes Bustamante

bubok
EDITORIAL

Ve hacia la luz
Relatos que permanecen,
evolucionan y parten
como nosotros mismos.
Rubén Darío Lésmes Bustamante

Ve hacía la luz

Rubén Darío Lésmes B.

Ve hacia la luz
Relatos que permanecen,
evolucionan y parten
como nosotros mismos.
Rubén Darío Lésmes Bustamante

© RUBÉN DARÍO LÉSMES B.
-VE HACIA LA LUZ-

ISBN papel:
ISBN pdf:

Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos navegamos en este vasto océano de la vida,
algunas veces calmo y otras turbulento,
la luz,
ésa que llevamos dentro desde que nacemos
es una guía, pero también una advertencia
de que no vinimos a permanecer
sino a evolucionar.

Índice

Capítulo 1. Una banca en el parque
Capítulo 2. El seminarista
Capítulo 3. Lucía
Capítulo 4. Vivir y morir
Capítulo 5. El secretario Beltrán
Capítulo 6. Carne y espíritu
Capítulo 7. Un matrimonio sin fecha
Capítulo 8. Nace una viuda
Capítulo 9. El miedo que somos
Capítulo 10. Evolucionar y partir
Capítulo 11. La luz
Capítulo 12. Un congreso de fertilidad
Capítulo 13. La partida de Flaminio
Capítulo 14. Dilemas
Capítulo 15. El encuentro
Capítulo 16. Vida nueva

Prólogo

A finales del año dos mil diecinueve llegó a este mundo un virus conocido como COVID 19, para el primer trimestre del año dos mil veinte éste virus fue catalogado como una enfermedad de carácter pandémico y en poco tiempo la humanidad empezó a vivir la muerte masiva de personas como no se veía desde casi un siglo.

El virus viaja en gotas de saliva y se contagia por contacto ingresando al organismo por las vías respiratorias en principio, pero también puede ingresar por el contacto en otras áreas como los ojos, por ello el lavado de manos, el aislamiento social, los cubre bocas sanitarios y las caretas se convirtieron en armas de batalla; no obstante a la intención de mantener aislada a la población cerrando fronteras, ciudades, pueblos, calles y avenidas, de manera infructuosa las cuarentenas sucumbieron ante la presión de las economías que pusieron en riesgo la supervivencia de los estados, miles de empleados fueron despedidos y miles de empresas y negocios cerraron sus puertas.

La mayoría de contagios no se dio por la capacidad del virus de viajar grandes distancias en el aire o de quedarse aferrado a los objetos, sino que más bien, por la incapacidad del hombre de vivir en sociedad, no tardaron mucho en aparecer las teorías conspirativas que sostenían que todo era un fraude, una mentira y una estrategia por controlar a la hu-

manidad para lo cual los gobiernos usan el miedo y el terror, otros culpan a la tecnología de comunicación que trae consigo energías dañinas para los organismos vivos; los contagios se multiplicaron ante la incredulidad de las personas, la soberbia de otros y la incapacidad de ser solidarios ante un virus que tuviera la capacidad de matar.

Cuándo las autoridades médicas mundiales afirmaron que los jóvenes no estaban propensos a sufrir consecuencias severas o definitivas por el contagio, la juventud olvidó a sus ancestros y a sus mayores desobedeciendo de manera directa las recomendaciones preventivas y así, fueron ellos los que mataron a sus padres y a otros familiares, luego el virus mutó llevándose con él la vida de gentes de mediana edad, avanzaba afectando a las generaciones menores y luego lo inesperado, el virus golpeó a los mismos jóvenes menores de treinta años, ya nadie está a salvo.

Los centros médicos colapsaron y la humanidad se vio sumergida en un caos de incertidumbre, miedo y abandono; mientras que la ciencia produce vacunas, el virus muta y contagia en olas que se repiten de manera cíclica apoyado por la irreverencia, la desconfianza, la insensatez y la ignorancia. Para las personas que han perdido seres queridos o que viven su propio contagio el virus no es ficción, es dolor, para muchos sobrevivientes primerizos los síntomas son tan simples como una gripa lo que los hace sentirse fuertes, casi invulnerables entonces… como si fuese una advertencia y un reclamo, el virus muta nuevamente, repite la infección y

los inconscientes caen muertos aumentando con ello las cifras de decesos cada vez más.

El hombre vencerá al final, de eso la raza humana está segura pero el precio de la victoria se llevará consigo la vida de millones, mientras tanto y detrás de todo el panorama surge la esperanza de que la humanidad sea consciente al fin en medio de su propio caos de lo necesario que se hace el revertir las prioridades, recuperar los valores perdidos, encontrar la razón de la vida en la evolución de la especie y no en la permanencia sin sentido en medio de una cotidianidad enmarcada en lo material.

Quizás por esto, muchos han vendido sus casas de ladrillos y se han mudado al campo abandonando los paisajes urbanos buscando el aislamiento y el aire que ahora son tan necesarios, otros abandonaron sus trabajos y se dedicaron a sembrar, también están los que abandonaron sus vidas para empezar de nuevo (en la cuarentena los divorcios, separaciones y la violencia doméstica se dispararon como nunca antes), los hombres y mujeres huyen de sí mismos.

En la experiencia clínica de los que se han contagiado hay un término de tiempo durante el que se mide y monitorea la capacidad del virus, éste tiempo divide a la población en tres grupos: los asintomáticos, los que lucharán con los síntomas y sobrevivirán y los que finalmente morirán; el periodo de tiempo que mide la evolución de las poblaciones empezó siendo de quince días y se ha extendido ahora a veinte y quizás un poco más cómo si el virus mismo nos

diera la oportunidad de reclasificarnos nuevamente; las personas llegan a clasificarse en estos grupos básicamente dependiendo de sus antecedentes (presión alta, asma, afecciones pulmonares, obesidad, y otras), luego, por la capacidad de administrar y proteger su salud mental, finalmente la recuperación total queda comprometida a una vida de cambio, ya la humanidad no será la misma, para los condenados el tiempo tiene fecha límite incluso antes de dos semanas.

Sobrevivir depende de lo que hicimos en nuestro pasado, aguantar depende de nuestra mente y crecer dependerá de qué tanto nos preparamos y asimilamos el cambio, los demás ya no tienen espacio en este tiempo.

No importa el grupo en que se encuentre el individuo contagiado para todos existe un periodo de incertidumbre, un espacio en el tiempo y en el lugar (recordemos que están aislados) en donde el enfermo se encuentra a sí mismo y reflexiona sobre su realidad, hace cuentas día tras día, se mide solitario, desaparecen las prioridades que eran cotidianas, el enfermo busca afanosamente justificar su permanencia, darle un valor al tiempo mientras ha estado vivo y llegado el caso, entender la partida sin culpas, sin miedo, en paz.

El autor nos lleva en ésta novela de la mano de sus personajes a descubrir cómo éste viaje en el que estamos todos tiene un principio y un final, a través de los personajes compartimos el significado de vivir en un tiempo que nos brinda la oportunidad de aprender que la permanencia tiene

sentido cuando con ella evolucionamos; en este viaje transitamos con dos maletas una de logros personales y otra de generosidad; para mantener el camino nacimos con una luz interna que nos sirve de guía pero que también es una advertencia de que si no evolucionamos no hay sentido en permanecer, debemos morir entonces para nacer nuevamente; entender esto no necesita de una pandemia.

La humanidad como los personajes del autor pueden evolucionar disfrutando tan solo la experiencia de navegar, pero en nuestra condición imperfecta muchos aprenderemos solamente cuando un bien imperceptible y vital como el aire se vuelva escaso, otros, cuando la luz interna les muestre que se ha perdido el sentido, estamos en un viaje finito, la fecha de arribo y el destino es real, para este viaje empacamos dos maletas, quizás ambas maletas contienen en conjunto lo que llamamos amor.

Los relatos descritos, permanecen, evolucionan y parten como nosotros mismos.

Capítulo 1.
Una banca en el parque

La calle que va hacia el atrio de la catedral se encuentra abarrotada de vehículos, en las avenidas y callecitas circundantes se acumulan uno a uno los carros haciendo imposible el tránsito, en la esquina del parque justo en la vereda izquierda del atrio se ha estacionado un carro de bomberos y junto a él una ambulancia del hospital municipal. No hay tanta gente como se supondría y esto quizás se deba a que apenas son las seis de la mañana, sin embargo, si hay más de veinte personas tratando de mirar lo que ocurre allí en la banca de hierro que hace parte del mobiliario municipal.

En ésta banca por años se ha sentado Flaminio un hombre robusto por no decir que obeso y es que se considera que pesa mucho más de ciento sesenta kilogramos con una estatura que rodea los ciento ochenta centímetros, pocos conocen la fecha exacta en que Flaminio se sentó por vez primera en esta banca de hierro, lo que sí se sabe bien es que ya él mismo parece hacer parte del mobiliario municipal, no se le ha visto abandonar su banca casi nunca, la deja para hacer sus propias necesidades aunque no se le ha visto asearse o irse a dormir a otro lugar; es un hombre abandonado y solitario, el tiempo se ha encargado de oxidarlo a él mismo igual que a las bancas que ya cumplen décadas sin una mano de pintura, en la fuente principal de la plaza al surtido de agua parece que le queda muy poco tiempo, lo que si vive allí con especial entusiasmo es una bandada de palo-

mas que se arremolinan y caminan sin prisa por todos los corredores de la plaza principal.

Flaminio ha permanecido inamovible, nunca se le ha visto una discusión o un altercado con ninguno de los transeúntes, incluso las mujeres que se pavonean en las tardes (y que cruzan la plaza desde el centro hasta los almacenes que venden ropa fina ubicados en el margen izquierdo y en todas las cuadras que siguen hacia el norte) nunca se han sentido intimidadas o fastidiadas por la presencia de este hombre bastante robusto y sucio, por lo contrario son varias las personas que conociendo la condición de vida de este hombre le llevan hasta su sitio uno que otro almuerzo o bebidas, en una ocasión incluso trataron de ubicarle un techo, pero el alcalde se negó rotundamente a crear un habitáculo para nadie aunque fuese para Flaminio y es que el parque principal es al mismo tiempo la plaza por donde se pavonean las mujeres y en donde los ancianos hablan de política y de la crisis moral de la modernidad.

Esta mañana la esquina del parque se ha llenado lentamente de gente, poco a poco los vehículos empiezan a hacer sonar las bocinas para tratar de avanzar porque el tránsito se ha detenido con el tumulto, hoy Flaminio por primera vez desde su llegada al pueblo está creando una crisis para quienes deben cruzar el parque hacia el norte ya sea caminando por el atrio o conduciendo por la calle que va hacia la alcaldía.

Al parecer la viuda Juana sospechó cuando le llevaba una merienda la tarde anterior que Flaminio ha contraído el virus que ha matado a millones de personas en el mundo, nadie lo ha diagnosticado a cabalidad por eso han venido pa-

ramédicos y bomberos, aunque para ser sinceros todo el pueblo ha de ser consciente que era sólo cuestión de tiempo para que Flaminio se contagiara.

Diagnosticar a Flaminio tiene dos objetivos: evitar que contagie a nadie más y por otra parte tratarle los síntomas, pero para ser honestos el pueblo piensa más en el hombre de la banca que en ellos mismos, tanto bomberos como el personal del hospital municipal están sobre todo interesados en llevarse a Flaminio para su tratamiento, lo hacen para salvarlo.

Nadie quiere que Flaminio muera y ésta es la verdadera razón de las aglomeraciones y la participación de la gente en esta esquina que mira hacia el ala oeste de la catedral, nadie quiere que Flaminio sea dominado por la infección y sucumba ante la incapacidad de respirar, al parecer el habitante desconocido de la banca es tan necesario como mantener el torrente de agua de la fuente que, aunque sea escasa, es de donde beben agua las palomas que se arremolinan en la plaza.

De este hombre se sabe muy poco o casi nada, no habla con nadie, dejó de hacerlo hace unos tres años atrás, no habla ni para él mismo, a veces balbucea solo, mantiene un silencio en donde sutilmente se nota que las conversaciones son hacia dentro de su propio ser, hacia su interior y, en esto no necesita expresar palabra; sin embargo, si uno es buen observador y si uno se detuviera a ver las expresiones de su rostro o sus miradas, nos daría la impresión de que Flaminio habla incesantemente sólo que no dice nada. Las conversaciones de este hombre parecen llevarse a cabo exclusi-

vamente con un ser que vive dentro de él, o tal vez le hablará a alguien que vive más allá de nuestra comprensión.

Para el buen observador este hombre en el fondo dice muchas cosas y expresa más de lo que se puede oír, en el fondo Flaminio es un buen narrador de historias, aunque sus historias sean mudas para los mortales que se pasean pavoneándose por los corredores de la plaza, sus historias están bien marcadas con cicatrices que no se ven por el mugre pero que están allí (el mugre no siempre es la suciedad del polvo en su piel, también hay mugre acumulado en su alma que por un tiempo ocultan daños en el espíritu), si se pudieran oír sus historias no pocos rodearían la banca de hierro que mira hacia el atrio de la catedral.

En las arrugas que pintan su rostro, en la suciedad de sus cabellos, en su ropa vieja y en su obesidad, se deja ver un abandono, pero al mismo tiempo una supervivencia a prueba de todo, a este solitario no se le ha conocido dolencia física alguna en el pasado ni siquiera una gripa por pequeña que fuera se le ha acomodado a este cuerpo gordo y sedentario, por esto, la viuda Juana sospechó cuando lo escucho toser y tuvo la impresión de que el aire se le hacía escaso cuando trataba de respirar, ni el mismo Flaminio sospecha que el aire, eso que aparentemente es abundante y que usamos de manera involuntaria pudiera ser escaso de un día para otro.

Los bomberos municipales han venido a poyar el traslado al hospital porque el personal médico es escaso, el tumulto y el tráfico están detenidos y es que el problema esta mañana de miércoles se basa en que Flaminio no quiere ir al hospital, no quiere ser tratado y no ha habido poder capaz de le-

vantar a este hombre de su banca o de convencerlo para que por sí mismo acompañe a los paramédicos a la sala de urgencias, no, Flaminio no quiere un tratamiento médico y el pueblo o al menos quienes están acostumbrados a verlo y a apoyarlo en su permanencia vital desean que el sobreviva a esta pandemia.

¿Porqué, Flaminio no quiere ir al hospital? Confiará acaso de manera excesiva y demasiado en sus propios anticuerpos que han demostrado mantenerlo con vida a pesar de su insalubre condición, o quizás prefiera aceptar sucumbir ante este destino que se le ha presentado a su propia existencia como algo natural.

¿Querrá morir? Flaminio no ha expresado ése deseo ni hoy ni antes, ni siquiera cuando el invierno arrecia y en las noches sufre de frio y soledad este hombre sucumbe, él mira suavemente casi con ternura a los paramédicos, a los bomberos, a todos; se detiene en la mirada de la viuda Juana para quien él mismo Flaminio ha sido un hijo pródigo, sonríe y se queda allí sentado inamovible pero calmado; ¿querrá morir?, para los asistentes es imposible no hacerse esa pregunta, no muchos están dispuestos a semejante renuncia de la vida, demostrada sí, por su comportamiento desde que este hombre se sentó solitario en el parque una noche desde hace ya varios años, para los conocedores ésa renuncia empezó mucho antes.

Para Flaminio es posible que el contagio sea una buena forma de irse por fin del parque principal, en su soledad, pero también en su entereza él sabe que el suicidio no es una opción como no lo es el huir, pero si la muerte le llega como una invitación del destino con tarjeta de presentación

entonces él se dejará llevar hacia el cementerio, cualquiera que éste sea.

Es cierto, Flaminio jamás pensaría en el suicidio, como hombre que muchos años vivió aferrado a la fe católica él sabe que el quinto mandamiento incluye no matarse así mismo, pero morir producto de los designios de Dios en cualquiera de sus formas es una muerte a la que él no le va a huir, más bien, es la forma de descansar o poner fin no a una vida sino más bien a un trance del que no ha salido ya hace tres años, lo que Flaminio esta entendiendo es que su muerte es parte natural del camino cuando el sentido está perdido, así entonces permanecer ya no es una razón y el mismo ser supremo cualquiera que sea estará pendiente de esta deriva para iluminarnos o para re iniciar el viaje.

Han pasado ya casi dos horas y finalmente el carro de bomberos abandona la calle frente al atrio, detrás de los bomberos avanza la ambulancia lentamente, no enciende las sirenas ni las luces. Tanto las personas como los vehículos empiezan a circular, en pocos minutos cuando ya se ha despejado la calle y la vereda, se ve a Flaminio sentado en su banca comiendo una hogaza de pan y tomando un café con leche caliente que alguien le ha dado para desayunar, ya no sonríe, su rostro ha vuelto a la neutralidad y su mirada se pierde en un punto infinito, por su mente viajan paradigmas y dilemas que luchan entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto, respira de manera apresurada y su mirada se convierte en un suspiro largo, luego este hombre se deja caer en los soportes metálicos de la silla que lo ha acompañado hasta hoy.

Nadie quiere que Flaminio muera, él por otra parte ha aceptado su destino cualquiera que éste sea, aunque prometió seguir un tratamiento dejado por los paramédicos compuesto por medicinas de muchos calibres y alcances, la promesa parece una promesa falsa, Flaminio confía en sus defensas sí, esas que le han mantenido vivo viendo cada amanecer a las palomas de la plaza pero sobre todo confía en que será cuestión de días determinar si debe vivir o morir consecuencia de su pasado, de su evolución y de su propia mente.

Flaminio permanece no sentado, ahora parece que todo su cuerpo descansa abandonado en su banca de hierro, la gente sigue caminando y pavoneándose por el parque, todos cruzan a una distancia no menor de dos metros del hombre solitario, percibir sus conversaciones queda en la exclusividad de algunos pocos que le han conocido y saben interpretar sus gestos y miradas y que saben que en su interior hay un ser de otra dimensión (desconocida para nosotros) con quien Flaminio conversa amablemente; de esta manera en los próximos quince días se sabrá si Flaminio sucumbe ante los síntomas de su contagio o si los designios de su existencia lo llevan a sobrevivir, ambas opciones serán sin duda consecuencia de su propia terquedad.

Capítulo 2.
El seminarista

Pablo va a ver un partido de voleibol en la cancha del colegio, para esto debe caminar treinta y dos minutos desde su casa en El provenir, un barrio de clase media baja, él sabe que son treinta y dos minutos porque tiene el hábito de contar todo, mientras camina cuenta los carros de color azul (su color favorito) que pasan en sentido contrario a su vereda, cuenta las niñas con uniforme del colegio femenino cuya falda es de color azul celeste y que caminan rumbo a su jornada vespertina; Pablo cuenta muchas cosas, él sabe cuántos salones de clase tiene su colegio y cuantos profesores de matemáticas han intentado quedarse en los últimos cinco años en su plantel; mientras avanza, cuenta el tiempo que le cuesta llegar a todas partes y por eso se ufana de ser un niño (casi adolecente) bien cumplido cuando asiste sus diferentes citas,

Aunque Pablo no juega voleibol porque nunca ha demostrado inclinación hacia la práctica de ningún deporte, si asiste como observador a todos los partidos; son las dos y quince minutos de la tarde y Pablo ya se ha sentado en la grada número doce del coliseo justo en medio de ambos lados de la cancha, apenas unos metros por encima de la posición del árbitro central, ya están algunos de los jugadores organizando las canastas de balones y las bancas de los equipos invitados, entre ellos se encuentra David, un adolecente de apenas catorce años de edad, David asiste a clase en el mismo grupo de Pablo, ambos ven las mismas asigna-

turas pero David a diferencia de Pablo sí se inclina mucho hacia la práctica deportiva, es bueno en atletismo, baseball, tenis, incluso algo de natación, pero su fuerte sin duda es el voleibol. Pablo como no practica deportes se inclina mucho más por la lectura y por la escritura, pero desde una mañana de ese verano Pablo no pierde oportunidad de ver los partidos allí en el coliseo y los observa contando de todo y guardando en su mente imágenes de manera fotográfica.

Ocurrió que en una mañana de ese verano la profesora de inglés amaneció enferma y entonces el representante del curso tuvo la maravillosa idea de adelantar la clase de educación física (esta práctica era habitual así, los alumnos podían salir más temprano de la jornada escolar), adelantar la clase significó que ya a las diez y treinta todos los alumnos estaban en la pista atlética, el entrenamiento consistía en carreras de media velocidad, cuatrocientos y ochocientos metros, un desgaste fuerte para los adolescentes del curso de octavo grado, David como era costumbre no se tomó mucho tiempo en demostrar que era el campeón de los deportes ganando todas y cada una de las carreras del día, Pablo maravillado cronometraba su velocidad y clasificaba a sus compañeros mientras tomaba los apuntes en una libreta que el profesor le había delegado para las evaluaciones, en la libreta de calificaciones David siempre terminaba de primero; por otra parte, terminar la clase de educación física antes de la finalización de la jornada matutina también significaba algo especial puesto que los alumnos y alumnas del octavo grado pasarían cada uno en su grupo de género a las duchas para poder asistir limpios y sin sudor a la última clase académica del día, catequesis.

En esta mañana sucedieron tres cosas que Pablo jamás olvidaría y que quedarían guardadas en su mente de manera imborrable, la primera: entrar por primera vez a las duchas con todos sus compañeros varones ya que lo habitual es que él saliera directo a su casa en el barrio El porvenir, para Pablo esta sería la primera vez que vería a sus compañeros de clase desnudos todos juntos duchándose, él por su parte no cuenta con el coraje, la confianza o el desprendimiento moral para bañarse frente a todos, no lo hizo, pero vio a David el número uno de las carreras hacerlo y entonces lo segundo que quedo guardado en su mente fue la imagen de ése niño de catorce años que ya se había desarrollado completamente, su pubis estaba completamente cubierto de vello y su cuerpo ya tenía forma de hombre, el pecho cuadrado, las piernas velludas y sus glúteos redondos y firmes. Pablo se sintió intimidado por que él era escuálido, un lampiño completo y aún su torso, sus piernas y brazos parecían de niño delgado y flácido, se sintió débil ante el número uno, pero ahora no por las competencias sino por su hombría.

Desde esa mañana para el joven Pablo desaparecieron del panorama los demás compañeros de clase, en sus pensamientos, en sus imágenes y en sus cuentas quedó plasmado casi de manera exclusiva David que era ya un hombre que sobresalía sobre todos en las canchas y también en la ducha, David sin duda alguna resaltaba sobre todos los demás.

La tercera cosa que sucedió en esa mañana y que aún perdura en Pablo fue verse perdido en la clase de catequesis y descubrirse pensando, recordando e imaginando el pubis de David, soñaba con ese torso cuadrado de su compañero, mientras el padre Raúl leía algunos versículos del nuevo testamento. Pablo estiraba su mirada hasta la segunda fila,

allá en la tercera silla de izquierda a derecha, allá se sienta David, incluso ya viéndolo con el uniforme bien puesto y la corbata de seda Pablo no lograba sacarse de la mente esa imagen que perduraría por siempre.

Fue desde ésa mañana de verano en que Pablo empezó a sentir gusto y atracción por ver los entrenamientos de Voleibol, poco a poco empezaba a ceder en el convencimiento de que el gusto era más por David que por el partido en sí mismo; Pablo se sorprendió en más de una noche viajando en un sueño en donde durante las duchas del colegio David se bañaba a solas y luego, Pablo aparecía también desnudo para encontrarse a solas con su compañero, en el sueño David sonreía de manera lenta y Pablo seducido se desvanecía en un vapor de agua caliente, pronto despertaba con una sensación dudosa en medio de su ingle.

Al paso de los meses Pablo entendió sin hablar con nadie ni confesarlo con nadie que lo que él sentía e imaginaba por David no lo hacía por ninguna de sus compañeras y esto lo diferenciaba enormemente de sus colegas, esta era una época difícil para los adolescentes y pablo estaba perdido contando más hombres que mujeres en su vida, para él las cuentas estaban cada vez más claras, pero sus cuentas lo alejaban del mundo natural.

Hablar de sexo era un tema tabú incuso en los salones de clase en donde el tema se trataba exclusivamente desde el ámbito biológico, pero nadie, ni en la dirección de biología, ni en la de sociales o matemáticas o literatura, tenía la capacidad de tratar el tema; curiosamente el padre Raúl parecía tener la calma, la sonrisa y la suavidad para tratar esto que

iba mucho más lejos de lo humano, porque en esa época los géneros eran y serían solamente dos. Punto.

La lucha solitaria de pablo consigo mismo y con su propio género era aterradora y vana, cuando la masturbación llegó por primera vez a su vida, llegó con la imagen clara y firme de un hombre que le abrazaba en las duchas del colegio y le besaba como se besan en las novelas que se veían a las diez de la noche en el canal uno de la televisora nacional. La musa, que inspiraba sus pasiones no era precisamente como la mujer de las novelas, en lugar de una pobre desamparada buscando el príncipe azul, era el mismo Pablo la musa que perdida en una nube de vapor era besada por el apuesto galán de turno, esto combinado con el pubis de David se convertía en un coctel imparable de deseos que terminaban en orgasmos solitarios y llenos de arrepentimientos.

Para calmar esa sensación de vacío y culpa en las noches tristes, Pablo escuchaba en su mente los versículos del padre Raúl que tanto le adormecían en su clase de catequesis, así en su adolescencia vivó sumergido entre la religión que lo apaciguaba y el pubis de David que lo despertaban con sensaciones extrañas en su ingle y le dejaban luego solitario con arrepentimiento y dolor.

La época de Pablo era una época plana en donde la duda del género no tenía espacio ni siquiera en el planteamiento, una época en donde las divisiones sociales eran simples, pobres y ricos, la misma en la que el arco iris de la bandera de géneros tenía solo dos colores: blanco y negro (los demás colores de la bandera incluyente permanecían ocultos por la humanidad pero son tan reales como ellos mismos desde su origen) por eso y por sobre todo, esa era una época de pre-

disposiciones y engaños; la única alternativa para jóvenes como Pablo era precisamente la que él ya venía viviendo, refugiarse en la religión y como le pasa a no pocas personas a quienes se les recomienda visitar al psicólogo y terminan más bien matriculándose en la facultad de humanidades o psicología, Pablo terminó soñando con ingresar al seminario, convencido y con la firme convicción de que la fe y Dios podrían curar una enfermedad que lo habían acongojado en toda su adolescencia en donde las cuentas que se le hacían cada vez más claras ya lo tenían aislado de lo natural.

Tres años y un mes después, el Seminario recibió con los brazos abiertos a este joven que nunca manifestó a nadie su inclinación sexual porque lo consideraba un pecado doloroso y éste pecado sería expiado y curado a través de la penitencia y de la oración; lo que nuestro joven Pablo nunca imaginó es que precisamente ese primer día en que se entregaría en cuerpo y alma a la fe religiosa conocería al presbítero Miguel un hombre de mediana edad, rostro infantil con piel tan tersa, que parecía tener apenas escasos años, cabello castaño oscuro, corto y ojos azules que iluminaron su mañana por horas.

Pablo, no con poco sufrimiento imaginó y lentamente aceptó que su condición de genero podría ser inmortal y que su enfermedad estaba tan apegada a él como su propia piel y que no tendría mucho éxito en tratar de eliminar eso que sentía en la ingle en un principio por David y ahora por otro hombre más.

Capítulo 3.
Lucía

Lucía encendió el reproductor de música y como era su costumbre se dejó llevar por las canciones de una play list que se repetía mientras conducía su Toyota por la vía nacional, una a una sonaban las melodías que ella había seleccionado cuidadosamente y que le animan y recuerdan tantos episodios de una vida que para ella es maravillosa, Lucía lo tiene todo, aunque nunca para de anhelar más, ella no es una mujer que se satisface fácilmente.

Mientras escuchaba una canción de los gauchos que tanto disfrutaba, su mente repentinamente la transporto a aquella tarde de julio de hace ya más de veinticinco años, esa tarde en la que con lágrimas en sus ojos y con el dolor aún en su piel consecuencia de las marcas del látigo en su espalda, decidió abandonar su casa materna huyendo del maltrato familiar.

Al haber abandonado su casa y siendo aún una niña Lucía aprendió a dormir en la primera cama que le fuera ofrecida por cualquier amiga o compañera de clases, a veces dormía incluso en el piso del cuarto de sus amigas que la entraban a sus casas a escondidas de los padres; Lucia se colaba en las casas de conocidos, aprendió a no tener un hogar fijo y así sobrevivió por meses hasta que ya parecía mendigo conocido no en las calles sino de casa en casa, poco a poco como era de esperarse empezó a quedarse sola y en su angustia no fueron pocas las veces en que Lucia pensó en regresar a su

propia casa, allí, aunque con el maltrato y los trabajos arduos que conlleva vivir en casa de campo, podía contar al menos con una cama, una cobija y una comida que muchas veces le fue esquiva como mendigo urbano. Sin embargo, Lucia no regresó y como cosa del destino conoció a la familia Agudelo.

Doña Lucrecia, esposa de Martín Agudelo tendría unos treinta años cuando recibió en su casa a Lucía, la recibió como a una hija, para ser más preciso como su hija menor porque ya ella tenía otra hija que le llevaba tres años a la recién llegada; juntas Lucrecia y Lucía entablaron una relación y una amistad que a veces era más cómplice que la de la misma familia y es que no es necesario mentir o desconocer que entre familias siempre se ocultan verdades, en cambio Lucía nunca le ocultaba nada a Lucrecia, por ello la confianza entre ambas estaba a prueba de todo; cuando Lucrecia se ausentaba de la ciudad Lucía estaba a cargo de la casa y aunque fuese menor de su hermanastra, ella administraba los quehaceres y, si por cualquier eventualidad Lucía tenía algún problema, duda o pretendiente (a veces el paquete venía junto), esto no era un tema tabú o misterioso entre ambas y se hablaba abiertamente en las tardes de costura que compartían una con la otra; poco a poco la niña no huérfana pero si mendiga urbana empezó a vivir la vida de un hogar normal incluso con privilegios más allá de madre e hija, si consideramos la honestidad y la confianza entre las dos mujeres.

En los eventos en los que Lucía se hacía cargo de la casa nunca se le pudo reprochar algún desliz en esa condición de ama de casa, el respeto por lo ajeno que al mismo tiempo era un respeto propio fue siempre una de las virtudes de la

niña, en estas lides se maduró temprano aunque lo cierto es que desde su rancho ya traía consigo eso del respeto y el valor propio; en esta casa, ella aprendió a valorar lo propiamente ajeno y a lo ajeno mismo, todo era suyo aunque nada en esa casa era propio; así como sus padres, que siempre fueron propios pero al final ajenos, o como su padrastro, que era ajeno pero al mismo tiempo fue algo muy propio, en ésa relación de lo que es propio y no, Lucía creció manteniendo el respeto por ella misma como si fuese una desconocida, de ésa manera los principios y las virtudes estaban adheridos y tatuados en su piel como la marca del hierro cuando quema el cuero del ganado, principios imborrables pero creados con marcas de dolor.

Años más tarde y aunque nadie lo previera, Lucía regresó a su casa, sus motivos eran simples, su madre la necesitaba y aunque ajena ella era su propia madre, además ya la niña era una mujer mayor capaz de hacer frente a su rancho, de otra parte sucedió que la confianza y el respeto por lo ajeno que vivía entre Lucrecia y la adolescente, no la entendió el señor Agudelo cuando trato de hacer propio algo que sin duda es ajeno y que vive en la intimidad de Lucía y, entonces en un una tarde de viernes mientras Lucrecia se pintaba las raíces negras del cabello Martin a la fuerza trató de apropiarse de la carne ajena y sentir en su propia carne los muslos de Lucía.

Una marca más creada con fuego pensó Lucía mientras empacó sollozando no por el intento del señor Agudelo que fue infructuoso sino por la indiferencia y la incredulidad de Lucrecia que protegió hasta el último minuto a su esposo dando por terminadas todas las conversaciones de costura. La desconfianza tocó al final a las puertas de la familia

Agudelo y esto termina con todo lo construido hasta ese día, Lucrecia nunca creería que su propio marido tuviese la intención de abusar de su hijastra menor, pero Lucía que sabía lo que tenía entre sus piernas ya también sabía que era hora de partir.

La play list seguía sonando al interior de su camioneta, hace ya un momento que los gauchos dejaron de cantar, ahora la música traslada a Lucía a otra época.

A sus veinticinco años Lucía logró estudiar en la universidad local, nadie en el pasado imaginaría cómo o de qué manera lograría graduarse, venida de un rancho campesino ella fue como ese jugador incognito que pasa desapercibido pero que se hace ver justo cuando hay que ganar el partido, y lo gana, Lucía siempre fue un gato solapado, un logro oculto, un éxito silencioso, una mujer muy bella escondida entre la fealdad de sus días, la fortaleza de esta mujer siempre se fundamentó en lo honesto, en las virtudes aprendidas y marcadas con hierro, tal vez por esto no fueron parte de su éxito las conquistas amorosas tempranas o las fiestas programadas en los salones de clase, los éxitos consistían en vivir cada día como todos, como si fueran propios para ella y no más.

Aunque empezaría estudiando ingeniería, terminó graduándose en medicina, el dinero para esto salió como muchas otras cosas en su vida, de la nada, pareciera que el dinero la espera agazapado y oculto, pero aparece cuando se necesita, allí esta, Lucía y el dinero tienen una relación que viene desde su nacimiento, en un principio por su escasez y ahora por su abundancia, esta relación es imperceptible, sutil, engañosa a los ojos de todos, ella dice que el dinero no

es la felicidad sino la consecuencia de un trabajo arduo y continuo, esta relación entre ambos es real, crecen juntos en abundancia, conviven, se comparten ella viviendo cada día y el mientras tanto provee lo necesario.

Viviendo como médico Lucia vio morir a su propia madre víctima de una vida llena de excesos, luego vio morir a su padrastro víctima de la ausencia de su madre (así se sintió en la casa de campo), un hombre tan recio que no soportó la soledad o la ausencia de su cómplice en la vida. De sus muertes Lucía recibió la herencia del ser, jamás se desprendería de la inteligencia cruda y honesta de su madre y de la propiedad señorial y silenciosa que su padrastro demostró sobre todo y sobre todos.

Nuevamente Lucía repintaba en su piel la sensación de haber cuidar lo ajeno y de promover lo que no es propio, pero que, al mismo tiempo hace parte de su propia vida mezclando señorío, honestidad, crueldad y dominio sobre todo y sobre todos. Estas enseñanzas nunca le fueron entregadas en libros sino en lágrimas y ahora son parte de su ser.

Ahora, desde su condición de huérfana (ya había sido abandonada, mendigo urbano y, también hija putativa), Lucia se hizo cargo de sus hermanos menores que a la postre se convierten casi en sus propios hijos (parece que Lucía ha convivido siempre con lo propio que en concreto es ajeno), esta tarea ya no es desconocida para una mujer que sabe utilizar el tiempo y que conoce sus valores y virtudes, todas marcadas de manera definitiva, ella disfruta manteniendo una familia.

Finalmente, y siendo aún una mujer joven Lucía se hace a sus propios hijos producto de otra relación que, para seguir en el mismo sentido de su existencia, nunca fue propia, el padre de sus hijos es tan ajeno como lo han sido todos en su entorno.

La medicina se trata de recuperar la salud física de los pacientes, pero, para Lucia la medicina se trata de su salud mental, día tras día acumula éxitos y con cada uno de ellos acumula felicidad, aunque ser médico es su profesión, nunca ha sido para ella una justificación material, ya que el dinero permanece agazapado y aparece siempre que lo necesita, además, el trabajo en el hospital no sustenta financieramente a una mujer que aprendió a dormir en la primera cama que le ofrecieran, a comer compartido y a caminar por la montaña arrancando yucas; pero el éxito trae dinero y la medicina que es la salud mental de esta mujer trae mucho dinero consigo también, sin importar que en su conciencia sepa que para ser feliz se necesite poco, ella, aunque lo tiene todo anhela siempre tener mucho más, y esto es, como siempre lo ha visto, la razón de que lo ajeno es propio nuevamente si mantiene su capacidad de controlarlo todo y a todos.

Lucía es celosa con lo suyo, regala lo que puede y lo que quiere regalar, duerme sólo en hoteles de lujo, come donde lo desee, aunque sepa claramente que un pan con agua de panela la deje satisfecha; así es la razón de la sinrazón, lo propiamente ajeno, la humanidad avanza en la búsqueda del pertenecer corriendo para ello de manera compulsiva a adquirir bienes y propiedades ajenas y, esto que aparentemente y temporalmente nos pertenece deberá ser abando-

nado cuando partamos de este territorio porque en realidad lo propio siempre fue ajeno desde antes de nacer.

Una de las filosofías y premisas transmitida de manera interesante por Lucía se basa en la "Necesidad de tenerlo todo en vida, pero no dejar nada tras la partida", acumular riqueza, pero no dejar herencia material, ¡es maravilloso!

Lucía conduce su Toyota por la vía nacional desprendida como ajena del camino pero entregada a la sinrazón que ha marcado su vida entera, sonríe y canta a viva voz ahora una canción del puertorriqueño que la enamora, hoy saldrá a cenar con su prometido, un hombre que nada tiene, que nada deja, un hombre que es solamente eso, un hombre, pero este hombre lo tiene todo para ella, el silencio a tiempo y la palabra precisa, él no oculta nada en su cara como tampoco la sonrisa que la enamora, éste hombre le hace el amor como si fuera ella la que lo hace al mismo tiempo (lo ajeno se vuelve propio), este hombre lo tiene todo, ocupa sus espacios pero también le deja su soledad, es finalmente una parte de su propia vida. Lucía sonríe y esa entrepierna tan esquiva no por insensibilidad sino más bien por propiedad ajena hoy, está dispuesta a entregarse, ella lo ama definitivamente.

Para ésta médico que ha construido su casa, su consulta, su empresa y sus comodidades de la nada, el construir finalmente una relación se hace tan necesario como el abandono de lo innecesario cuando finalmente nos llegue el momento de partir. Lucía no cree en el cielo, tampoco en el infierno, ella cree en la vida, en el aquí y en el ahora, en el hoy, así conduce hasta su casa dispuesta a tomar una ducha con agua tibia, ponerse su vestido de seda y salir a una cena que

terminará en su propia cama y que hoy será ajena, porque hoy su prometido duerme con ella.

Capítulo 4.
Vivir y morir

Hallo razón en las palabras de Milán Kundera (por cierto uno de mis escritores favoritos), cuando dice que la novela es una forma sutil de acercarse a la vida, en realidad la novela y el cuento son formas muy ligeras de acercarse al destino y la existencia humana, de percibir la debilidad y fortaleza de los vivos, desde la narración el escritor y el lector pueden viajar juntos y compartir las intimidades del mundo sin dejarse permear por ellas mismas; en ocasiones, la novela se convierte en cómplice silenciosa de muchos desorientados y en otras es el escape a sentimientos funestos y lúgubres de los que huyen en su realidad.

Encontrar el objetivo preciso y mundano que va más allá de la mirada en los ojos de la adolescente, esa que observa por su ventana después de un suspiro, sentir el pulso y la tibieza del asesino que sostiene el cuchillo ante su víctima moribunda, dejar rodar la lágrima de la viuda en la entrada del cementerio; es sorprendente el poder de la vida pasando por las manos del escritor y que es recogida por el lector de una manera cercana, pero al mismo tiempo ajena para beneficio de muchos. La novela nos acerca y nos enfrenta a situaciones ajenas pero que de algún modo nos pertenecen, esta grandeza de la novela es la forma preciosa en que el sentido de la vida viaja entre unos y otros descubriendo lo íntimo del ser, la existencia, al igual que la novela tiene un final, se halla a sí misma descrita en las páginas (horas, días, meses

y años) de cada uno de nosotros, el escritor las capta una a una y las transmite compuestas todas ellas de párrafos que serán confidentes de muchos y alivio de los desamparados solitarios.

La novela y la realidad son al mismo tiempo un cuento que muchas veces vale la pena contar pero que casi nunca se quiere vivir.

De esta manera la pluma me acerca a la vida y muerte de gente que no conozco pero que observo con detenimiento, es precisamente en esta observación en donde vienen a mi recuerdos y apartes del libro tibetano de la vida y la muerte, que contiene en esencia la enseñanza de aprender a vivir para aprender a morir.

Todos y cada uno de nosotros moriremos, no hay excepción, todos de alguna manera lo sabemos también pero, no vivimos como si fuéramos a morir, parece que la muerte es un cuento íntimo de otras personas que contamos y que nos afecta cuando el prójimo es un ser cercano pero que de ninguna manera queremos experimentar, he ahí la paradoja de vivir la muerte, la mayoría de nosotros, la humanidad, (en especial en el hemisferio occidental en dónde la muerte es una pérdida) le tememos a dos cosas, al morir y a la muerte, esto quiere decir al evento mismo de abandonar la vida, ¿cómo moriremos?, para el hombre pesa más el cómo que el cuándo, esto se debe a que sin duda en ocasiones somos conscientes de la mortalidad, ¿qué hay después de la vida? La novela nos permite acercarnos de cierto modo a la experiencia misma del morir y de la muerte.

Se me ocurre la metáfora del corredor de la muerte, expuesta ya en otros escritos en dónde todos estamos como reos condenados a morir (lo cierto es que desde que nacemos estamos condenados), todos como reos tenemos una fecha propuesta, que se mueve de manera incierta según el proceso, para otros la fecha ya está fijada de manera inamovible, entonces unos caminan hacia su ejecución antes que otros, pero todos iremos a la sala de ejecución, ¿con qué tipo de consciencia viviríamos si estuviéramos en ese corredor?, ¿en qué pensaríamos?, ¿a qué le dicaríamos los últimos minutos de vida?, ¿qué escribiríamos en esas últimas páginas?

Vivir para morir es la grandeza de muchos, ¿cómo podemos los mortales vivir sin la certeza de la muerte?, es no menos que absurdo vivir cada día sin considerar lo frágil que significa el simple acto de permanecer, entonces… ¿el éxito en qué consiste?, la riqueza, la juventud, la salud, el dinero, el reconocimiento, la fuerza, la inteligencia, el poder, el amor, todo tiene sentido si sabemos que el desprendimiento es al fin y al cabo necesario ya que nada nos acompañará en nuestra muerte, la muerte (la propia) es un viaje solitario y el éxito es tan transitorio como la vida misma, nos queda entonces la evolución, cambiar y crecer, ya que crecer no tiene fecha de caducidad, crecemos incluso en el acto de morir, pero la vida sí caduca a veces cuando menos lo esperamos.

La novela como la sutil estrategia de compartir la intimidad de los demás, nos permite acercarnos a la muerte de formas tan diversas como imaginarias, es importante considerar que incluso en la narración de una fatalidad, los hechos ocurridos y la descripción de la muerte es la mera especulación del queda vivo. Nadie puede hablar de la muerte de

manera consciente ni mucho menos vivir la muerte para compartirla y nadie vive el morir como se lo han contado, pero sí podemos vivir con la idea de aprender a morir. Morir, ese viaje que debe hacerse con dos maletas llenas, una de los logros personales y otra de generosidad debe enfrentarse entendiendo la compasión hacia el prójimo, una compasión descarnada, comprensiva y honesta, lo demás no viaja con nosotros cuando morimos; aceptar la muerte cargados con logros propios, íntimos, maravillosos y con la generosidad de haberlo dado todo a quienes se quedan, pero sobre todo con la certeza de que lo que lo demás es superfluo esto, hace parte del amar.

Cuándo María supo que iba a morir no dijo ni una sola palabra, se sentó en el vestíbulo de la clínica oncológica y dejó que sus pensamientos volaran en su cabeza, muchos de ellos se ocupaban de sus hijos, otros de su trabajo y algunos de sus amigos, la mente juega un papel importante en la conciencia del morir. - ¿Qué voy a hacer? Se preguntó María mientras caminaba hacia la parada de autobús, para ella incluso el morir parecía un tema de incomodar a los demás, ella no quería incomodar a nadie, luego, pensó en el sufrimiento de los quedarían vivos y así se tomó toda una tarde sintiéndose culpable de su propia muerte.

Sin embargo, mientras más días pasaban la culpabilidad de María comenzó a ceder, al fin y al cabo, ¿qué culpa tenia ella de morir?, ¿cómo diablos iba ella a saber que su dolor abdominal era un cáncer terminal?, nadie nunca le advirtió sobre eso, y ¿qué culpa tiene ella de irse sin querer? No es como abandonar a sus hijos o a su marido, no es como huir de las deudas, no es esconderse de sus enemigos, no, morir es algo que ella no escogió, luego sus pensamientos se cen-

traron en si había valido la pena vivir, allí, María recordó uno a uno cientos de eventos desde su niñez, eventos que le marcaron sonrisas y deseos de volver a un pasado, María paseó por sus casas, sus excursiones, sus amores, sus secretos, su intimidad y sonrió muchas veces, ¡valió la pena vivir!, María nunca se detuvo a pensar en lo que le hacía falta (Un coche nuevo, una finca, un vestido, una joya, o una vajilla) María saboreó lo que vivió en su piel y en su alma.

En la clínica general del pueblo dos semanas después de su cita en oncología, María fue entubada en la sala de emergencias por una neumonía que se tornó grave y que en menos de doce horas la llevo a morir, María no murió por el cáncer terminal, murió meses antes de lo esperado por un problema respiratorio.

Todos caminamos por el corredor de la muerte sin la certeza de las fechas, pero sí con la certeza del morir.

Apenas seis meses pasaron desde la muerte de María y entonces el mundo empezaría a vivir la muerte como hacía mucho tiempo no se veía, la pandemia arrasó y arrasa con miles de personas al día, la mayoría de estas muertes son debidas a complicaciones en la respiración, muchos de los que aún viven se pasean como leyendo una novela, viendo la intimidad de otros que ellos mismos no quieren vivir y otros… ya empezaron a hacer el inventario de los hechos que le dan sentido o no, al haber vivido.

Lo cierto es que hay dos maletas que vamos llenando cada día, una de ellas con logros personales (armar aquel rompecabezas, mojarse bajo la lluvia mientras cosechas tus propios tomates, jugar un partido aunque lo hubieres perdido,

escribir un poema que haya sido leído por el destinatario, preparar la cena con tu hijo y otros muchos más) y la otra con la generosidad honesta hacia los demás sabiendo que nada más nos hemos de llevar al otro lado después de morir (nuevamente estoy seguro que el hecho de llenar las maletas es parte de lo que llamamos amor).

La novela nos permite ver de manera sutil la intimidad de la vida y nos recrea suavemente el sentir de este viaje que definitivamente no es eterno, es allí en donde tiene sentido contar las historias de quienes vienen y van como las vidas de María, Flaminio, Pablo, Lucia y muchos otros, quienes vienen llenos de vida y caminan hacia la Luz.

Capítulo 5.
El secretario Beltrán

Si Flaminio hablara muchos serían los interesados en conocer su historia, algunos por curiosidad y otros por compartir de primera mano los motivos que llevan a este hombre a permanecer sentado en la banca de la plaza sin más interés que el de dejar pasar el tiempo, no son pocos los que se han acercado a él queriendo extraer al menos las señas que muestren su secreto; a veces parece que Flaminio está en un trance hipnótico o en una profunda meditación, a veces parece simplemente dormido, pero la mayoría del tiempo Flaminio simplemente se deja ver con la mirada perdida en un punto infinito desde donde seguramente fugan todas sus dimensiones, como si ya no hubiera necesidad de consumir o gastar al menos un gramo de su energía corporal su cuerpo engorda sin esfuerzo; uno a uno los días se van sin sentido, se van tan sólo en el hecho de permanecer (muchos de nosotros agobiados por lo cotidiano, engordamos y vemos pasar los días de la misma manera, sólo que no tenemos el punto de fuga de nuestras dimensiones hacia dónde mirar).

El sentido que Flaminio le dé a su vida es un secreto que muchos quieren conocer, pero el gran secreto el más grande es que el mismo Flaminio apenas está logrando develar el sentido de su permanencia, jamás se le ha visto enfermo o quejándose de dolencia alguna, tampoco se le ha visto llorar, rezar o padecer.

El doctor Beltrán, secretario del juzgado promiscuo del municipio, fue la primera persona que recibió a este huésped patrimonio hoy de la plaza principal, recuerda él cuando el visitante arribó al pueblo en una noche de abril de hace ya seis años; claro es que Flaminio no llegó al parque, llegó como todos los pasajeros en el bus de siete de la noche (el único bus que viene desde la capital), normal y habitualmente en este bus llegan los mismos pobladores tanto del casco municipal como de algunas veredas que parten muy de madrugada hacia la capital y que regresan después de hacer sus diligencias; sólo en raras ocasiones llega gente nueva y la mayoría de las veces esto ocurre cuando llega el nuevo médico rural o el odontólogo de turno que rota una vez por mes.

Cuando esto sucede, que un forastero arribe en el bus de las siete suele considerarse casi un evento noticia; allí, en la oficina que sirve de despacho del bus y que al mismo tiempo es la oficina postal, Flaminio arribo trayendo consigo una pequeña maleta en donde si bien, cabrían apenas unas tres mudas de ropa, vestido con pantalón de tela color azul oscuro, camisa blanca de manga larga y un blazer que le cubría de la brisa nocturna, su correa hacía juego con un par de zapatos de cuero color marrón y un sombrero a estilo de la vieja usanza; allí, en la oficina postal y despacho del bus, Flaminio con pocas palabras preguntó por el café más cercano, la dependiente le indicó que cruzando la plaza a tres casas de la esquina encontraría el mejor local, el recién llegado salió caminando iluminado por los faroles públicos y se alejó de la vista de todos.

Apenas cincuenta metros de la banca de hierro que en el futuro sería su hogar y cruzando al otro lado del atrio se en-

cuentra el café colonial justo en línea recta a tres casas después de la esquina del parque, si uno se sienta en la primera mesa, desde allí se puede ver la famosa banca, sí, esa misma que serviría de hogar a este visitante que sin saberlo aún, se convertirían juntos en patrimonio del pueblo.

El doctor Beltrán tomaba una copa de aguardiente en el mismo café sentado en la silla de la primera mesa que mira siempre hacia el atrio, era costumbre que después de salir del despacho municipal justo antes de las siete, el doctor Beltrán se entrara al café colonial y tomara dos o tres copas de un aguardiente producido con la caña de azúcar que crece por allá en los valles del rio cauca.

No fue necesario un largo preludio para que tanto Beltrán como Flaminio entablaran una conversación, empezó la conversación por el visitante que quería saber si en el pueblo habría un hostal o un lugar para pasar la noche; Beltrán sugirió que la mejor forma de pasar las noches en el pueblo sería en el hostal de la viuda Juana, más que un hostal era una casa de familia llena aún de sabor a hogar. La viuda Juana trataba a sus huéspedes como hijos pródigos sirviendo los mejores cocidos con porciones excesivas y unas sopas que sólo se pueden hacer cuando el ingrediente principal es el sentimiento matriarcal, ese mismo con el que fue criada desde niña.

Así sin más, se inició no una amistad, pero si una relación que duraría casi tres años, Flaminio abandonando el hecho de que desde un principio demostró ser hombre de pocos amigos y de muchas menos palabras aparecía sin falta antes de las siete de la noche de lunes a sábado descansando de esta rutina solamente los domingos, se sentaba en la misma

mesa del café colonial y compartía las dos o tres copas de aguardiente de las que tanto disfrutaba el doctor secretario Beltrán cuando salía de su despacho en las oficinas municipales; fue precisamente en uno de esos encuentros en los que Beltrán se enteró de que Flaminio venía no huyendo o escapando de su pasada vida por lo contario, venía con la plena consciencia de su historia, pero si llegó con la convicción de abandonar de forma definitiva lo que hasta hace muy poco fue su forma de vivir.

Flaminio nunca fue detallista en sus conversaciones, entre líneas Beltrán descubrió que este visitante que se convertía poco a poco en nuevo habitante del pueblo, dejó su casa y también su hogar en la capital, de su esposa supo que se quedó sola haciendo frente a los retos de terminar de criar a una hija de apenas diecisiete años y promover o incentivar un hijo mayor que había partido hacia sus estudios superiores, también se quedó a cargo de un perro labrador que Flaminio odiaba.

Beltrán contaría también que si bien Flaminio había dejado atrás su vida no era por un fracaso marital ni tampoco económico, era más bien porque había recibido una noticia que Flaminio no había podido superar. La certeza de no poder hacer frente a una situación inmanejable dentro de sus capacidades, o tal vez, por no saber hacer frente a un hecho que superó sus propias fuerzas morales, le impulsaron a partir en busca de un nuevo comienzo, una nueva vida en donde pudiera aumentar sus capacidades que le permitan soportar tanto su pasado como lo que le quede de futuro, no huye, es consciente de la historia permanentemente, pero necesita un nuevo nacimiento y un entorno nuevo también que lo críe con otros principios. (si logra nacer en esta vida

sin haber muerto antes podríamos decir que es un afortunado, lo natural es que nos llegue el acto de morir, pero lo cierto es que si no lo hace deberá entonces permanecer en un sendero oscuro hasta que sea iluminado de nuevo)

Sea cual fuera la razón de la llegada al pueblo, el doctor Beltrán no pudo determinar de manera precisa cuál fue esa noticia que obligó a este hombre a partir de su propia casa empacando una pequeña maleta con apenas tres mudas de ropa. Aparentemente y como si la noticia fuera una de esas emergencias repentinas, ésta no dio tiempo para preparar nada más que una partida afanosa.

La viuda Juana contaría que su huésped pasaba horas encerrado en su cuarto leyendo la biblia y recitando oraciones sin cesar hasta altas horas de la noche, escribía en una pequeña libreta de solapa negra; en las mañanas, a eso de las cuatro y treinta de la madrugada Flaminio se preparaba un café negro sin azúcar y caminaba hasta el cerro del altar, allí le oraba a la virgen María y luego regresaba para tomar un baño con agua caliente; el día se le iba en leer y escribir hasta que faltando apenas diez minutos para las siete de la noche Flaminio salía y caminaba solitario hacia el café colonial a tomarse dos o tres aguardientes con su amigo el doctor Bernal, luego regresaba a eso de las ocho, cenaba café negro con tostadas y se dormía temprano para madrugar al otro día y salir camino al cerro de la virgen.

Bernal estaba casado, en su hogar tenía dos hijos que acababan de dejar la adolescencia, llevaba un matrimonio de veintitrés años con Dolores, una mujer de la vieja guardia colmada de principios de fe católica y formada a punta de zurriago por un padre viudo, vivió como hija única y de sol-

tera en una pequeña finca de la vereda del común; como funcionario secretario del despacho del juez, Beltrán conocía a todos y cada uno de los pobladores, conocía también sus querellas, demandas, necesidades y dolencias, desde lo jurídico ayudaba a sus prójimos, pero también fue testigo de los vicios y vejámenes de individuos formados sin principios en el campo o en veredas ajenas a la sociedad. Se podría decir que Beltrán era un testigo silencioso de lo bueno y de lo malo, a veces cómplice y a veces el verdugo.

Por su labor, Bernal se desplazaba regularmente a las veredas y a los corregimientos con el ánimo de practicar diligencias judiciales, sin embargo, nadie supo medir lo regular y lo extraño de las visitas que el secretario hacía a la vereda del santísimo cada sábado en la mañana, sólo Dolores percibió de manera extraña que justo después de las ocho sagradamente Bernal partía hacia la loma, ésa visita duraba hasta las once treinta cuando el secretario regresaba a su casa a almorzar, tampoco nadie más que su señora percibió lo oculto de su comportamiento que se reflejaba y se transformaba con cada visita, a veces Bernal estaba irascible, en otras jocoso, en muchas ocasiones silencioso y durante el almuerzo era común que los sábados él se perdiera manteniendo su mirada perdida en punto infinito.

El sol brilla como de costumbre después de una lluvia que duró casi toda la noche, es sábado y ya han pasado casi tres años desde la llegada de Flaminio que ya no es considerado foráneo, en el parque la gente camina cubriéndose de los rayos de sol aunque la brisa es fresca, Flaminio en su cuarto se sumerge en los versículos del antiguo testamento, para el pueblo nada parece anormal hasta que en la calle que sube desde el atrio hacia la loma y que llega al altar de la virgen

allí justo debajo del el piso cuarto de la casona San Martín ubicada apenas a tres cuadras de la plaza principal, se escucharon gritos de pelea, gritos aterradores, lamentos y alaridos, era un sábado caluroso pero la brisa estaba fresca y con la brisa los gritos se oían con claridad desde la calle.

Dolores se perdía en lágrimas gritándole a su esposo Juan José Beltrán, gritaba improperios jamás dichos en una casa como la casona San Martin hogar y refugio de una familia prestigiosa, justo como debía ser la del secretario, ése sábado incluso los hermanos Beltrán sonaban alterados e inundados en lamentos y llantos, se rompen algunos platos.

Luego y de manera sorpresiva e incontrolable, el funcionario público sumergido en uno de esos comportamientos de los que nadie antes fue testigo sino solamente Dolores, corre como si huyera de algo o de alguien con la mirada perdida en punto infinito y salta por el ventanal que da justo a la calle principal.

Beltrán cae de cara contra las piedras que en el pasado fueran cortadas e instaladas a manera de pavimento, aunque aún respira y mueve sus manos no se percibe vida consciente en su cuerpo, en apenas unos minutos más la agonía desaparece dejando un cadáver que se empantana en un charco de su propia sangre roja, oscura y espesa.

¿De qué huía el secretario Beltrán?, desde ése sábado las vidas de Flaminio y nuestro secretario se encuentran en un sendero común (no sabía ninguno de los dos que ya transitaban el mismo camino desde hacía varios años), viven en común agonía, pero ajenos el uno del otro, ¿acaso huyen de una noticia inmanejable dentro de sus capacidades o tal vez

por no saber hacer frente a un hecho que superó sus propias fuerzas morales?

Capítulo 6.
Carne y espíritu

Miguel era un hombre muy calmado, hablaba con cierta lentitud o cadencia que parecía rítmica (en eso se parecía al padre Raúl), sus palabras tenían eco en los adolescentes y jóvenes que recién llegaban al seminario, aunque era un hombre alto y fornido con cuerpo bien atlético su tono apaciguaba y mitigaba las ansiedades, era sin duda un ser apacible, Miguel era suave al tacto, su tacto no necesariamente era físico, ése tacto era también verbal, sus oraciones parecían caricias y masajes que ablandaban al más fuerte y que conciliaban al más pendenciero, cuando Miguel hablaba reunía a las personas como rebaños que se acercaban a escucharlo y a compartirlo, Pablo pasaba el tiempo apegado a sus discursos, a sus enseñanzas y en las noches, se apegaba tanto a sus recuerdos que empezó a no querer compartirlo y sintió miedo.

En una noche de esas llenas de recuerdos mientras intentaba dormir en su catre, Pablo se transportó de regreso al colegio, él sabe que sus recuerdos lo martirizan y lo hacen sentir culpable, quizás termine nuevamente llorando después de masturbarse perdido en sus cuentas que ya sobrepasan sus capacidades (ha contado las veces que tiene orgasmos solitarios actuando como la musa de su colega de octavo grado), muy a pesar de sus esfuerzos aún la penitencia no ha logrado que el pueda controlar sus impulsos, se dejó llevar y recordó nuevamente la imagen de David en la ducha, su pubis cubierto de bello y su torso cuadrado, ver el

pene de un hombre desarrollado casi erecto como en un estado natural, amenazante, pero al mismo tiempo y aterradoramente, seductor, recordaba el agua rodando por sus piernas y la espuma que se dejaba caer como en los vasos de cerveza fría entre sus manos.

Pablo se estremecía y adormecía simultáneamente en estos pensamientos y se tocaba casi sin darse cuenta, en su excitación no percibía los dientes apretándose y los labios mordidos, quizás incluso gemía, pero esta noche repentinamente mientras Pablo con los ojos cerrados se dejaba llevar por sus deseos sintió una energía cálida y suave que rozaba su pierna, sintió luego que la energía se convertía en una llama que avanzaba recorriendo su muslo derecho, él no abrió los ojos pensó que era parte de su sueño, pero el fuego ahora le llegaba a la entrepierna y entonces sintió una mano acariciándole el sexo, lentamente y sin parar sentía como las caricias erguían su pene que estaba por estallar, era inminente que iba a gritar y entonces mordió la punta de su almohada inclinándose hacia el lado izquierdo del catre, luego rompió en un orgasmo casi doloroso, sintió unos labios húmedos que le acariciaban el lóbulo de su oreja derecha, y un susurro acompañado de un aire caliente le llegó con las palabras – descansa hijo mío.

De un golpe Pablo se giró en el catre encontrando y chocando con un cuerpo a su lado, la silueta de un hombre se dejaba ver en la penumbra, nuevamente la voz le dijo – descansa hijo mío. Pablo no reconoció la voz en nadie conocido, esta voz era la voz de un hombre recio y fuerte, no era la de voz de Miguel ni la de David, no era la de nadie, pero entonces unos labios masculinos se posaron en los suyos y lo besaron firme y lentamente, Pablo temblaba no solo por

su orgasmo, temblaba porque era la primera vez que era besado y ese beso era un beso masculino, un hombre le besaba firme y lentamente y él se dejó llevar por ese beso, el calor se apoderó ahora de toda su existencia y entonces se dejó besar por muchos segundos más, luego el visitante se fue tan lenta e imperceptiblemente como llegó. Pablo rompió a llorar.

El frio, la suciedad de las sábanas, la oscuridad, las lágrimas, llenaron el alma y el espíritu de éste joven que llegó buscando expiar sus pecados y sanar de una enfermedad terrible pero que esta noche le hundía en un abismo aterrador entregándolo a una impotencia existencial, Pablo quiso morir.

Como era de esperarse Pablo no murió y los días siguieron llegando uno a uno, en silencio el joven aspirante a sacerdote seguía cada una de las normas del seminario, poco a poco se convirtió en un aspirante real, las oraciones de Miguel y las meditaciones en la capilla le entregaban cada vez más a una vida de sacerdocio puro, pero en su interior la brecha entre la santidad y la humanidad se hacía evidente cada vez con mayor rapidez, en sus cuentas Pablo se veía como un ser espiritual haciendo parte de la comunión, pero como hombre se veía haciendo parte de un error, un error desagradable y lleno de miseria, el futuro sacerdote ahora se divida en dos partes: el seminarista se acercaba a Dios y Pablo al infierno.

Los pensamientos y deseos de este hombre en el seminario se batieron durante años entre las entradas a la capilla y la entrada a las duchas, entre las noches de meditación y las del catre, del pecado y de la enfermedad no hubo expiación

ni sanación, hubo sí, sueños y deseos, espacio tiempo en un purgatorio de donde Pablo no salía.

La locura oculta se apoderaba de su estado natural, escapar del hombre y escapar del santo, así es el debate en la vida del sacerdote Pablo, quizás en algún momento el destino le ilumine un sendero que no lo lleve a la necesidad de escapar, ni huir, quizás en algún momento de la vida permanecer sea finalmente el todo y, quedarse a vivir consciente entonces de su propia debilidad mortal sea el descanso que tanto busca.

¿Es posible renunciar a la vida?, no es posible, es pecaminoso, ¿Cómo evitar ser lo que somos?, no es admisible, somos parte de una naturaleza humana, ¿Cómo partir?, no hay otra manera que evolucionar para llegar a destino, espacio tiempo final. Pablo en estado de debilidad y entregado a su dilema casi en medio de la locura cae en un silencio absoluto y su mirada se pierde en un punto que parece mostrarle a través de la fuga, dimensiones desconocidas y géneros que él mismo no conoce hasta ahora, la materia se trasforma dando formas nuevas y el seminarista se eleva en medio de la noche sobre un manto de tranquilidad. ¿Estará muriendo?,

Pablo no muere pero mata a sus temores, es impaciente y renuncia a ser el mártir de sí mismo, la luz le ha mostrado que si se aleja mucho más allá del hombre y del santo hay un destino y él debe llegar a ese lugar; los logros personales y la generosidad, el amor desprendido, el espíritu, el prójimo, la muerte como esencia del cambio es real, ¿quién es él para pretender escapar a un destino que no es suyo porque nació con él sin haberlo escogido?, ¿qué maldita culpa tiene

el hombre en su naturaleza de una deriva que es marcada por una sociedad que aún no pinta de colores la bandera y vive entre el blanco y el negro?.

Pablo continuará entonces siendo un sacerdote y viviendo como un hombre con pene pero sin género, continuará con la convicción de que su destino va mucho más lejos que eso, estando en su estado de aceptación y evolución contando y midiendo la distancia en la brecha de su propio ser, el seminarista de pronto siente una mano que se posa en su hombro izquierdo, esta mano suave al tacto le aprieta lentamente pero cada vez con más fuerza, luego una voz de hombre recio le dice – Descansa hijo mío ¡es Miguel ¡

Continuar es el designio de este hombre que abandona el seminario convencido de ser hombre y sacerdote, no perdonó sus pecados ni los expió, sabe que hoy parte con dos maletas: una llena de deseos carnales y la otra de espiritualidad, más allá de expiar sus pecados y sanar de su enfermedad Pablo abandona el seminario convencido de que no podrá escapar a su condición y de su destino.

Cuando se cierra la puerta detrás de Pablo, él recuerda la mañana de las duchas en su colegio, la mañana en la que vio a David desnudo y en la que terminó luego pensándolo durante su clase de catequesis, recuerda ben las palabras de Miguel y los besos ocultos en sus sábanas. Recuerda a Dios y es consciente del hombre, entonces… él se ve sumergido en esta realidad, en su locura y en su enfermedad.

Capítulo 7.
Un matrimonio sin fecha

Manuel nunca se sienta frente a Lucía cuando salen a cenar o tomar cualquier cosa en un café, él prefiere sentarse en una silla lateral, desde hace mucho tiempo aprendió que sentarse frente a frente es casi una postura de debate o de discusión y que si las parejas quieren conversar para resolver o proponer asuntos propios entonces la postura nunca debe ser de confrontación. No es un secreto que cualquier conversación con Lucía pareciera una confrontación, la charla, aunque fuese una declaración de amor suena entre ambos tan brusca y ajena como puede sonar el alemán en una conversación entre dos porteños.

Para evitar que las diferencias se conviertan en conflictos Manuel cede a la mayoría de las propuestas de Lucía, en todo caso y de alguna manera, sus propuestas, así como su relación se basan en aceptarse tal y como son y no en tratar de convertirse uno en el otro. Lucía piensa lo mismo y cede también en la mayoría de las propuestas de Manuel, aunque para ella Manuel es un hombre que debe aprender a reconstruir su vida, una vida que ella jamás hubiera querido vivir.

Es curioso como dos personas logran amarse y aceptarse tanto la una a la otra viviendo al mismo tiempo cada día en función de validar "la razón propia", esa que existe entre ellos mismos y para ellos mismos; viven el tiempo como si la competencia por esa razón se hubiera escrito en idiomas y reglas diferentes, aparentemente son distintos en el idio-

ma y en la razón pero siempre encuentran un camino común, se dice que los distintos se atraen, entre Manuel y Lucia las diferencias son tantas que terminan pareciéndose el uno al otro y así, existe una relación de aceptación y dependencia, luego, todo esto termina con razón o sin ella siendo una relación de amor sincero; son pareja, para cualquier observador tal vez una pareja poco común cuando se tienen en cuenta los aspectos fundamentales de las parejas perfectas que nos fueron enseñadas por nuestros ancestros, como aquello de que una persona es el complemento de la otra o aquello que menciona que las diferencias unen, y que para permanecer hay que renunciar a la singularidad, por lo que en las parejas uno se sacrifica para el crecimiento del otro. No, Lucía y Manuel no se ven como esas parejas que se abandonan en relaciones inoloras e insípidas, por eso muchos dirán que discuten permanentemente cada uno defendiendo su singularidad, pero a la final para todos son pareja.

Todos estos aspectos del amor aprendidos por herencia y que no funcionan dentro de la honestidad humana, no existen entre ésta pareja particularmente y, al mismo tiempo el ser tan distintos a lo usual ha demostrado que su relación ha sido más duradera que los matrimonios y convivencias de su pasado (quizás no en el tiempo calendario de convivencia, pero si en el tiempo de la vida honesta), no sólo de ellos mismos, sino que, también de aquellos a quienes ambos consideraron en cierto tiempo matrimonios perfectos. Mientras que sus allegados con hogares y familias felices se separaban en divorcios que parecían batallas campales, Lucia y Manuel crecen juntos sin saber exactamente cómo, pero sí cada vez muy convencidos de ser exactamente el uno para el otro.

Después de estudiar por tantos años el comportamiento como parte del factor humano, factor que afecta sin lugar a duda el resultado de las interrelaciones organizacionales y sistémicas, determinando de una manera clara los resultados deseados y no deseados en los emprendimientos institucionales y personales; es importante tratar el tema del factor humano de una mejor manera e iniciar contextualizando lo que es el comportamiento de ser humano.

El comportamiento del ser humano es consecuencia de sus competencias, dentro de éste comportamiento, el error aparece como parte indivisible del ser, no es posible considerar al humano sin el error, entendiendo además que el error es un acto involuntario que afecta sin lugar a duda el desempeño, puedo concluir que el resultado de nuestros emprendimientos esta indudablemente afectado por el error como parte esencial del comportamiento. Así entonces, nuestro comportamiento soportado por las competencias y acompañado de actos involuntarios, marcan la diferencia entre lo deseado y lo no esperado, entre el bien y el mal, entre lo que se quiere y lo que se obtiene.

La relación como pareja entre Lucía y Manuel fue desde un principio una relación marcada por el error, cada uno de ellos es un manojo desordenado de actos involuntarios que dieron como consecuencia lo que cada uno protege como su propia razón y que apoyan su comportamiento, como pareja aprendieron a defenderse desde lo singular como si de eso dependiera el amor (esta estrategia es válida cuando repasamos que el primer amor es el propio).

Entre ellos y, cada uno de ellos jamás reflexionó sobre la fuente o la causa de sus razones, sobre sus manojos desor-

denados de errores, nadie se preocupó por tratar de explicar lo que no tiene explicación, simplemente el comportamiento entre los dos se basaba en comprender que la vida es insípida sin retos o sin metas honestas, y así cada uno de ellos continúa en su anhelo de tenerlo todo sin necesitar nada, esta condición puede de cierta manera explicar el porqué, permanecían juntos el uno al otro y se necesitaban sin ser indispensables para cada uno. Incluso en la intimidad estar juntos era la mera relación de satisfacciones propias, apasionadas y honestas, en esa conciencia de obtener para si lo que no es propio ni necesario, estaba el secreto de la dependencia mutua, entender cómo ambos se entregaban en cuerpo y alma disfrutando y aprendiendo de su sexo opuesto hasta el cansancio.

Esta noche en la cena Lucía sonreía más de lo habitual, sentía ése deseo sexual que apenas si podía administrar en sus piernas y en su cuerpo entero, la cena duró apenas lo necesario para confesarse mutuamente sus propios deseos y así ir a casa temprano (normalmente iban a la casa de ella porque su cama era lo suficiente grande y cómoda para entregarse juntos y luego dormir sin incomodar).

Camino a casa Lucía mencionó que ya este año juntos cumplen tres años de aniversario tiempo apenas justo para determinar si planean vivir el resto de sus vidas juntos, Lucía ya está comprometida con Manuel, pero el matrimonio aún no tiene fecha, con tantos debates y razonamientos particulares defiendo lo que no tiene explicación y a causa de discusiones innecesarias y conversaciones que en muchas ocasiones terminaron en discusión, la fecha de la boda se ha borrado, pospuesto, anulado, y reprogramado, ha sucedido tantas veces que, aunque están comprometidos nadie sabe

si se van a casar. Por esto Lucía ha mencionado el aniversario, tres años son suficientes para determinar si aún es justo continuar con posponer, borrar, anular o reprogramar la fecha de su matrimonio.

En sus pensamientos Manuel sabe que desde hace mucho tiempo esta discusión no tiene sentido, él se va a casar con Lucía sin duda alguna, es cuestión de hacerlo y ya, su permanencia en esta relación está absolutamente garantizada después de entender que su amor superó la barrera de lo ideal y se transformó en lo real, él acepta los actos involuntarios con los que su prometida nació, creció y se formó, a él le basta con saber que cuenta con una mujer que lo tiene todo y le falta más, una mujer que nunca renunciará a crear sus propios retos y metas hasta que algún día la muerte le llegue y, quizás también allí su carácter le permita dominar lo que siga después. Por su parte, Manuel sabe que son sus propios errores y la acumulación de ellos los que lo tienen allí en esa Toyota rumbo a casa de su prometida, sin su pasado Manuel no hubiera llegado a Lucía, si lo piensa bien, su pasado (ese tiempo que Lucía odia sin ocultarlo) del cual no huye, pero se aleja cada vez más, es precisamente la razón que lo llevó a conocer y permanecer junto a su prometida. Lucía es todo y nada de lo que él ha vivido, todo lo que esperó y nunca recibió y nada de lo que aprendió a odiar, y aunque las diferencias sean honestas y razonables desde su propia individualidad, él mismo sabe que caminará al lado de su prometida y futura esposa hasta el último día en que pise esta tierra y ojalá si puede más allá.

Aunque Lucía habló de su tercer aniversario y de lo justo que es el hecho de determinar la fecha de la boda, Manuel no manifestó nada de lo que rondaba en sus pensamientos,

esa era siempre una buena forma de compartir todo y no perder nada, Manuel se limitó a decir que es lo justo y que diciembre sería una buena fecha para definitivamente vivir ya juntos. – Vivir juntos no, ¡casarnos! Resaltó Lucia, a lo que Manuel contesto, - Sí, ¡casarnos!

Lucia terminó la conversación diciendo que su matrimonio debía ser por la iglesia católica y luego describió el lugar y la fiesta que soñaba para la recepción, según ella una ceremonia para pocos (cosa que no se la creía ni ella misma) y muy íntima, algo de no entender.

Manuel no dijo nada, su mente empezó a viajar nuevamente pensando en lo innecesario de tratar de entender el comportamiento humano y las necesidades particulares de las personas que van desde lo deseado y lo esperado hasta las realidades mismas de la vida, esto no quería decir de ninguna manera que él mismo no pensará casarse según lo propuesto por Lucía, en absoluto, esto era simplemente la reflexión de lo que el matrimonio significaba dentro del contexto de la ilusión y la realidad, hasta ése día la relación de ambos era una realidad.

En su mente, Lucía sabía que casarse por la iglesia católica significaba que Manuel debía solicitar la nulidad de su primer matrimonio que también fue católico, esto era una bomba de tiempo encendida desde ese mismo instante en que se mencionó, pero era su deseo y anhelo y cualquiera que la conociera sabía que así debía ser su realidad, en esta pareja las cosas funcionan así y entonces Manuel proveía ésa realidad, esto para ambos era el amor mismo manifestado en sus anhelos.

Hacer el amor con pasión puede tomar apenas unos minutos, pero ésa noche después de la cena y ya en el apartamento, el tiempo y los cuerpos fueron generosos permitiéndoles que el amanecer los encontrara apenas cerrando los ojos.

Finalmente, Manuel y Lucía determinaron que se iban a casar en diciembre y ésta bomba de tiempo iniciaba entonces ya su cuenta regresiva, así se durmieron ambos soñando y pensando, abrazados muy juntos, aunque la cama fuese lo bastante grande para no incomodarse el uno al otro.

Capítulo 8.
Nace una viuda

El día en que Beltrán saltara por la ventana del cuarto piso de la casona San Martín era un sábado como cualquier otro, la noche anterior había llovido sin parar pero la lluvia fue serena como un aguacero que arrullaba al pueblo con el golpeteo en los tejados de barro; en la mañana, Dolores escucho las campanas de la iglesia a las seis menos diez minutos, ya ella estaba levantada, preparaba un café negro recién molido hecho en agua con panela, amasaba dos arepas de harina con queso y porcionaba cuatro piezas de carne que llevaban ya dos días en ahumado sobre la caldera, en su mente maquinaba la estrategia para ir a la vereda del santísimo sin que fuere descubierta por su propio marido, ¿Por qué Beltrán iba todos los sábados a la vereda del santísimo?, era la pregunta que rondaba hacía ya unos meses en la cabeza de Dolores, ¿y porqué de sus comportamientos tan extraños en la hora del almuerzo?, no hay diligencia en lo ya conocido por ella que requiriera tan sagrada dedicación y ése determinado afán de cumplir la hora exacta de las ocho de la mañana no era algo habitual, ya que lo normal era que el secretario se hiciera esperar, todos los sábados sin falta Beltrán se ausentaba, partía hacia la vereda del santísimo y regresaba precisamente media hora antes del almuerzo.

Cuando su marido regresaba a casa para el almuerzo no contestaba preguntas sobre diligencia alguna, no sustentaba los resultados judiciales de su visita, no hablaba de trabajo y

en muchas ocasiones permanecía en silencio almorzando sin pronunciar palabra, por lo contrario, sus hijos y la misma Dolores no pararan de contar sus propias historias. El sábado anterior a Beltrán se le vio más abrumado que de costumbre, inquieto, casi triste y al mismo tiempo irascible, casi no almorzó dejando incluso una pieza de pollo frito en el plato junto con toda su ensalada, Dolores empezaba a sentirse preocupada por su marido y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en la vida de ellos que, si bien parecía monótona, era una vida tranquila, estable y apacible.

Preocupada por su bienestar la esposa del secretario ideó la forma de ausentarse de casa y salir minutos después que Beltrán hacia la vereda del santísimo, organizó la compra de los almuerzos a domicilio con una vecina que según decían tenía su misma sazón, debería estar en casa a las once en punto para que su marido no sospechara nada, ella iría de manera oculta con el ánimo de descubrir el proceso que acongojaba a su marido; no era algo usual pero sí en ciertas ocasiones el Secretario Beltrán se dejaba llevar por los aspectos personales de ciertos procesos, violaciones, abusos, maltratos y robos, aunque su despacho no trataba procesos de gran magnitud financiera o económica la magnitud de los mismos era más bien emocional, pero éste proceso ya llevaba varios meses generando actitudes y comportamientos desconocidos para Dolores.

A las siete y treinta minutos de la mañana Beltrán se sentó en la mesa del comedor y junto a su esposa desayunaron carne, arepas de queso y café negro hecho en agua con panela, los hijos aún permanecerían dormidos hasta las casi nueve, Dolores trató de no hablar mucho para que su mari-

do no percibiera de ninguna manera las intenciones ocultas y el nerviosismo que ella pudiera reflejar en ése sábado.

Dolores jamás tuvo necesidad de seguir o vigilar a su esposo por ningún motivo, nunca hubo mujer conocida o desconocida que le generara un sentimiento de celos o desconfianza, Beltrán siempre ha sido un hombre honorable respetable y sobre todo respetuoso de los principios de fe, no se le ha conocido infidelidad ni en sus pensamientos, cuida su lengua en público y su prestigio como servidor público, a ella la impulsaba un real sentimiento de preocupación por la salud mental de su marido, recordaba que en el pasado, en el desarrollo de un juicio penal cuando el abuso sexual y maltrato físico provocado por el hijo mayor de una familia campesina acabara con la vida de dos niñas adolescentes, el secretario Beltrán tuvo que viajar a la capital para cumplir con un apoyo psicológico y clínico, guardar reposo y vivir medicado por casi todo un mes .

A las ocho en punto el secretario salió por la avenida principal y caminó rumbo al sendero veredal que conecta con el santísimo, nunca usaba su auto para la diligencia del sábado, prefería caminar, según él porque de esa manera eliminaba el sedentarismo de la semana que estaba terminando y además apreciaba las hermosas vistas que se observan desde el alto hacia todo el valle, el sendero por otra parte era un camino natural rodeado de árboles, flores y plantas silvestres, amenizado por el ruido de las corrientes de hilos de agua que bajan desde la montaña, también están las haciendas ganaderas que le alimentaban no solo la vista y el oído sino también el olfato ya que el aire estaba inundado a faena de lechería y ésta le recordaban su niñez. Beltrán disfrutaba su caminata sabatina.

A las ocho y diez minutos Dolores tomó el camino veredal teniendo especial cuidado en no dejarse ver por nadie que pudiera reconocerla, llevaba un chal y una bufanda que le cubrían el rostro, con cada paso sus pensamientos y dudas se hacían más fuertes así como también lo hacían los latidos de su corazón, sentía cierto pesar por el secretario y entonces reflexionaba, ¿estaré haciendo mal?, ¿acaso un simple estado de ánimo de Beltrán en los almuerzos de cada sábado eran suficientes para desconfiar?, pero detrás de todo ello estaba su salud, Beltrán no era un hombre viejo pero su edad ya ameritaba ciertos cuidados y en lo emocional ya él venía mostrando síntomas de aparente soledad, a esto Dolores le agregaba el hecho de que en la cama ya venían meses en los que ella era quien llevaba la iniciativa y la potestad. ¿es esto un motivo suficiente para desconfiar?

Cuando se llega a lo alto de la loma se está a medio kilómetro de la vereda del santísimo, desde la última curva se aprecia claramente la separación entre el valle que se queda abajo y la meseta que agrupa parcelas de colores cultivadas en su mayoría de plátanos, café, yuca y cítricos. Detrás de una pequeña parcela color marrón cultivada en yuca y a lo lejos, se ve la casa de la viuda Inés, esta es una pequeña casa hecha con materiales compuestos en su mayoría de barro y bareque, se sigue llamando la casa de la viuda Inés, aunque Inés no vive allí, ella murió hace cuatro años consecuencia de una neumonía quedando a su cargo el hijo único y bastardo nacido de una relación oculta.

Fabián, hijo de Inés es un hombre ya de veintitrés años lo suficientemente capaz de vivir solitario y mantener la parcela que le dejará su madre, en todo caso la casa se ve en mal

estado aunque otros dirían que por lo antigua, rustica y campestre, la verdad estaba desecha, de la chimenea salía un hilo tímido de humo apenas visible con un color entre blanco y azulado, a lo lejos cruzando el yucal y muy cerca al portillo del rancho, Dolores vio que Beltrán entraba casi de manera apresurada a la casa de bareque, lo reconoció por el sombrero que lucía una cinta grisácea, aunque estaban cerca ésta no era la vereda del santísimo, la esposa del secretario ya desconfiaba de todo, ¿qué proceso podría llevarse en la parcela de la viuda Inés por tanto tiempo, o más bien de su hijo Fabián?

Si uno toma el tiempo para llegar a la casa de la viuda, esta estaba apenas a cuarenta minutos de la casona San Martín, ¿qué interés tenía el secretario en pasar todas las mañanas del sábado en la parcela de la viuda?, él no había mencionado ni ella conocía de ninguna diligencia judicial sobre la tierra o sobre la viuda o sobre el mismo Fabián.

Dolores caminó sigilosa por el sendero entre los pastos altos no utilizó el camino que pasa por el yucal y que le llevarían hacia el portillo del rancho, se ocultaba, mientras avanzaba recordó que a la viuda jamás se le conoció amante alguno ni siquiera se conoció al padre de su hijo bastardo, hasta donde se sabía Inés murió acompañada sólo por su hijo, lejos de pasiones carnales o amores cercanos ni lejanos. ¿Qué tiene que ver su marido en todo esto?

Sin ser vista ni sentida por nadie, la esposa del secretario se agazapó bajo la pequeña ventana que da al comedor del rancho, asomó su cabeza lentamente, no se ve a nadie, recorre la casa rodeándola, agradece que no hayan corredores y que el piso de barro y tierra acallen sus pasos, en el patio

trasero se oyen murmullos y reconoce la voz de Beltrán, luego… un silencio y murmullos la obligan a acercarse un poco más, en el patio trasero ya no hay nadie han entrado, ahora descubre una ventana pequeña que da al cuarto de la ya muerta viuda Inés, se asoma lentamente y descubre a Fabián, él, desprendido de la idea de que alguien lo observe se está desnudando, sonríe, mientras tanto de manera repentina y en un abrazo apasionado su esposo, el secretario Beltrán, funcionario público de la alcaldía padre de dos hijos consagrado a la fe y hombre abnegado, le besa insaciablemente el pecho, le acaricia el torso bajando sus manos hasta los glúteos, le acaricia de forma suave su entrepierna, Fabián no se resiste, por el contario le desnuda a su marido y parece sentirse cómodo, luego juntos se sumergen entre las colchas del catre en dónde durmiera la viuda Inés cuando estaba viva.

Llegar a casa le tomó apenas quince minutos, Dolores no escucho los hilos de agua que bajan desde la montaña ni percibió el olor del ganado, mucho menos de las flores ni de las matas silvestres, en sus ojos el sábado no tenía color, la vida misma no tenía color, el aire se tornó imperceptible, como si estuviera escaso y no respiraba bien, sus muslos en pasos acelerados la llevaron directamente al piso cuarto de la casona San Martín justo al comedor.

Beltrán llegó apenas diez minutos más tarde, en la consciencia de su propia vida pasada como el jefe de casa San Martín estaba sumergido ahora en una realidad descubierta, sus ojos se vieron perdidos en un punto desde donde parecían fugarse sus propias dimensiones, la voz de su esposa era un faro que le iluminaba un sendero que hasta ése día había permanecido oscuro, invisible pero real; el secretario

se encontraba a sí mismo, luego los gritos en la casona San Martín se oyen desde la calle principal, improperios que no son habituales en una familia que se ha caracterizado por llevar una vida quizás monótona pero muy estable y apacible. Juan José Beltrán salta por la ventana y cae para morir en plena calle antes del medio día de un sábado que jamás se borra en la historia de este pequeño pueblo.

¿De qué huía el secretario? ¿huía o avanzaba a su destino?

Flaminio que no era hombre de muchos amigos ni palabras y que regularmente permanecía en el hostal de la viuda Juana leyendo la biblia hasta antes de las siete de la noche, se enteró de los hechos cuando se sentó en el café colonial en la mesa que mira justo hacia el atrio y supo que su compañero Beltrán ya no volvería nunca más.

Dolores y sus hijos estaban rotos en el espíritu no solamente por una muerte, estaban rotos en carne tanto como el cuerpo del difunto y en el alma, por el descubrimiento de una personalidad oculta y una trama o engaño que duró muchos años en un hogar tranquilo y apacible casi monótono.

Ésa noche del sábado Flaminio dejó servido el aguardiente hecho con cañas del valle del cauca, caminó lentamente hasta su cuarto en el hostal de la viuda Juana, tomó su libreta de solapa negra, dejó su equipaje intacto y volvió a salir, caminó iluminado por los faroles públicos y se dirigió a la banca de la esquina del atrio a esperar, el domingo siguiente sucedió que Flaminio se enteró de los hechos, las razones y motivos de la muerte (suicido, huida o partida) de su no amigo, pero sí, de su compañero el secretario Beltrán, en la mañana del domingo justo durante la misa de seis allí en

ésa banca hecha de hierro fundido sin hablar con nadie le llegaron las razones que llevaron al secretario a lanzarse por su propia ventana, Flaminio aún viste un pantalón de tela, camisa blanca y un blazer para cubrirlo de la brisa fría, no se ha cambiado de ropa, en su bolsillo lleva su libreta con solapa negra, desde ése día Flaminio ya no habló nunca más, no regreso al hostal ni a sus caminatas hasta el santísimo, ya no lo necesita.

En la mente de Flaminio se había posicionado el luto de una familia que estaba rota por un engaño que duro toda la vida para algunos de ellos (los hijos) y la muerte en vida de su esposa Dolores, nunca Flaminio se había identificado tanto con una muerte como con la de Beltrán, y sucedió entonces que se vio reflejado en Dolores, ella, era él mismo repetido en otro pueblo, en otra casa, en otro hogar.

Flaminio se ha sentido también roto en el espíritu más no en el cuerpo, muerto en vida, roto también por su pasado compuesto de engaños en un hogar apacible, casi monótono, por eso en su libreta negra dentro del bolsillo de su blazer lo último que ha escrito dice: "Huir es imposible, vivir ya no lo es, permanecer es el todo en un mundo que ya no ofrece nada, un mundo en donde todas mis esperanzas se fueron empacadas en tus maletas o tal vez en la pérdida de mi propia evolución y entretanto, tú vas al seminario caminando solemnemente a tu sacrificio o a tu altar, Pablo hijo mío, ya nunca más"

Capítulo 9.
El miedo que somos

Una colega chilena me dijo alguna vez que el reto más grande del ser humano era enfrentarse a sí mismo, "el hecho de encontrarse con uno mismo y enfrentarse con valor y determinación a lo que se ve, es cuestión de valientes" decía ella. Todos los seres humanos se esconden de sí mismos desde que son conscientes de ellos mismos, cuando desde niños empezamos a ser parte de un todo orientados por quienes nos mantienen vivos nos desprendemos poco a poco de nuestra personalidad, y así, con el ánimo de lo social, lo cultural y lo que se supone está bien, dejamos de lado nuestra singularidad; inicia entonces una deriva entre el ser y el deber.

En el futuro y por este camino entenderemos que la independencia financiera no es más que un sofisma que nos empuja a ser dependientes de un sistema de consumo masivo (pasa igual con la independencia emocional), la dependencia social nos aleja cada vez más de nosotros mismos, justificamos el tiempo de cada día en una cantidad de actividades que no son precisamente nuestras, ni propias, incluso el comer depende de estereotipos impuestos por una sociedad de consumo ya sea desde las filosofías conservacionistas, los veganos, los que no lo son, los que hacen dieta, los que no, los que cuidan sus triglicéridos y los que no; todos cumplimos actividades que no son necesariamente nuestras decisiones propias, vivimos impulsados por la ma-

sa a la que confundimos como a la humanidad. Debemos recuperar la conciencia del ser y aceptar el hecho de que estos comportamientos que nos integran a todos no obedecen a la humanidad, sino que obedecen a la sociedad.

Levantarse, vestirse, organizar el espacio en donde habitamos y salir (siempre hay que salir), cumplir actividades en busca de una famosa estabilidad económica que nunca llega, ejecutamos trabajos aunque estos no sean parte nuestras creencias; almorzar, llegar a casa ver televisión, revisar las redes sociales (es importante considerar el concepto de redes ¿son vínculos o son una trampa que nos atrapa?, me inclino sin duda por la segunda) quizás simplemente escuchar la música; tantas actividades que son cortinas y que no nos permiten estar a solas con nosotros mismos, ellas nos ocultan y alejan de la luz.

Sucede muy de vez en cuando (y parece que esto tiene relación con experiencias profundas emocionales) que la luz no encuentra cortinas y entonces nos descubrimos a nosotros mismos, solitarios, propios, frágiles y haciendo parte de una humanidad, ¿qué vemos?, estamos tan desadaptados y alejados de nuestra humanidad que nos desconocemos a nosotros, nos asustamos tanto de encontrarnos desnudos, carentes y sin sentido que huimos rápidamente a ocultarnos tras las cortinas que nos permitan sentirnos pronto parte de un todo no necesariamente humano.

Es cierto, encontrarse a uno mismo y enfrentarse a ello es de valientes; la simple tarea presenta en sí misma un reto y es aceptar que no hemos sido auténticos la mayoría del tiempo y que la vida se nos va en cuestiones que no esco-

gemos y que tampoco compartimos, llenando maletas que no parten en nuestro viaje y que no tienen destino humano.

¿En qué pensamos durante esos segundos cuando somos lo que somos en la intimidad?, ¿Hacia dónde se dirigen nuestros pensamientos?, estos pensamientos colmados de miedos y temores impulsan acciones inesperadas y se dejan ver con mayor claridad cuando sufrimos experiencias fuertes en nuestra vida cotidiana; los comportamientos que para muchos serán inesperados, inexplicables o inadvertidos (ya que los demás están sumergidos viviendo naturalmente su propio proceso que les permita ser parte de un todo y por supuesto no miran lo íntimo ni lo particular) son la realidad humana.

Ninguno de nosotros podrá huir de la humanidad que llevamos dentro, así como no podemos huir de la muerte o del error, nadie escapa cualquiera que sea su condición a la realidad de tener que enfrentar eventos traumáticos, ni el suicida lo hace, simplemente sus comportamientos se abrazan a sus pensamientos y sentimientos, a sus miedos y temores de una manera honesta y casual.

Cuándo María supo que iba a morir empezó a sentir que ya no era necesario ser parte del todo y entonces sus culpas (incluso la de ser una molestia en su propia muerte) se disiparon, cuándo empezó a ser ella misma con honestidad y humanidad su comportamiento cambió de manera radical, no hablaba mucho, no era necesario, los demás pensaron que entraba en un estado de depresión, ella por su parte sabía que era de reflexión; María empezó a empacar su maleta de experiencias vividas rescatando todas aquellas en las que pudo ser una mujer, humana y real, sin importar si eso

afectará a alguien más, la de la generosidad pesaba mucho menos que la otra y es que María supo que no fue honesta tratando de vivir una calidad de vida que fue impuesta desde su nacimiento y que creció de manera implacable con su sociedad. No, María no fue honesta con sus hijos, con su esposo, con sus hermanos, así comprendió que la generosidad de haber dado lo que se espera y no lo que se necesita, la dejaba con una maleta llena de algodón de azúcar que si se comprime deja casi nada que llevar.

Desde que María supo que iba a morir se encontró con ella misma mucho más de lo esperado y poco a poco sus comportamientos fueron desprendidos pero lo mejor es que fueron espontáneos, viviendo sus propios pequeños logros sin compararlos con nada ni con nadie, allá quedarán los chinos y los japoneses, los europeos con sus palacios y paisajes, con sus culturas milenarias, con su culinaria; para María el tiempo que le queda es el aquí y el ahora y este es un espacio tiempo maravilloso, es lo que debió ser y es mucho más de lo que esperaba, así mismo daba de ella todo lo que podía, ella misma. La solitaria que vivió en un mundo colmado del pertenecer se desprendió, María dejo de pertenecer a este mundo desde que supo que iba a morir, entonces tiene algo de sentido el que haya muerto meses antes de lo previsto por su oncólogo ya que no se hace necesario vivir mucho cuando el ser, se percibe a sí mismo y se empieza a vivir lo que es fundamental.

María murió feliz, incluso su muerte se consideraría mucho más placida que la de un cáncer terminal, la hipoxia le llegó como un sueño del que ya no pudo despertar. Sus hijos y los demás la verían como una mujer que huía a través de su silencio, de la misma muerte; la entenderían como una mu-

jer que se apagó por su enfermedad, pero la verdad es que María entendió que en su autenticidad todo lo demás había sido un engaño y nada más.

Flaminio, Beltrán, Pablo, Lucía, ¿huirán? O han empezado a ser conscientes de sí mismos enfrentándose en lo oculto a su verdad, ¿Beltrán corrió saltando por la ventana para morir o para vivir?, y… a todos los demás la vida les depara la oportunidad de descubrirlo porque el tiempo se les agota sin saberlo.

Capítulo 10.
Evolucionar y partir

La niñez de Pablo no transcurrió dentro de una vida ostentosa pero sí cómoda, siendo el hijo primogénito recibió los principales y muy dedicados cuidados de un matrimonio consagrado, si bien su madre había recibido el diagnóstico de no poder fecundar hijos después de intentarlo de manera natural por dos años posteriores a su matrimonio, el tratamiento en la clínica de fertilidad había dado buenos resultados, así, en una mañana lluviosa de esos inviernos de abril Laura le ha dado la noticia a su flamante esposo Flaminio de que finalmente iba a ser papá.

Los nuevos padres motivados por su primogénito consagraron todo su tiempo en cuidados especiales, cumplieron de manera sagrada todos y cada uno de los requerimientos y mandamientos tanto de la clínica como también los religiosos ya que sin duda el milagro provenía desde allí en primera instancia, la salud física y la espiritual y, los sacrificios que ambas reclamaran se convirtieron en la vida misma de esta familia.

Pasaron ocho meses y dos semanas más, en una madrugada de domingo Pablo llegó a este mundo, lloró muy rápidamente, estaba previsto que naciera prematuro y así fue, nació dos semanas antes pero bastante sano, delgado para su talla, pero sano, Flaminio se vio inmerso en un mundo de satisfacción y orgullo al ver a su hijo varón primogénito y

lleno de vida, él se veía reflejado de alguna manera en el pequeño y frágil bebé.

Flaminio fue un hombre criado en el campo, por supuesto criado a la vieja usanza, una usanza que estaba compuesta de zurriago y con el convencimiento de que a los doce años un niño ya es un hombre, Flaminio prometió que su hijo no viviría una vida de tales abusos y arbitrariedades, por lo contrario, siendo ya él mismo un hombre que había salido adelante como profesor en la ciudad capital, proveería hasta donde fuese posible una vida mucho más cómoda y menos esforzada de la que él mismo tuvo que vivir como hijo de labriegos.

Laura por el contrario es una madre de apenas veintiún años formada en un hogar colmado de cuidados excesivos y en donde el sustento se gana con el trabajo de los obreros, nunca ha visto la necesidad de trabajar, en su casa ella tiene las riendas de los quehaceres faltándole solamente el rol de madre, por eso Laura sintió que la realización total de su existencia provenía precisamente del nacimiento y llegada de su hijo; criada a la vieja usanza pero de manera distinta a la de su marido Laura mantenía un hogar pulcro y lleno de bondad, su hijo era un milagro de Dios consecuencia de interminables rezos y oraciones, ése bebé era la muestra fehaciente de que la fe y la constancia vencen las adversidades con las que el destino pretende manejar nuestras vidas.

En la época en la que nació Pablo todo era mucho más sencillo, en los colegios la profesora de ciencias enseñaba que los estados de la materia eran tres: sólido, líquido y gaseoso, el profesor de física evaluaba los exámenes garantizando que sus alumnos identificaran las dimensiones del universo

que también son tres: largo, alto y ancho, en el mercado las secciones de productos eran tres: carnes, verduras y granos, sí, en ésa época todo era bastante sencillo y si un bebe nacía con pene era varón caso contrario era una niña, los géneros eran solamente dos: Hombre y mujer.

A Pablo, hijo varón del matrimonio entre Laura y Flaminio se le crio bajo seis arraigos que vienen por generaciones y que no tienen discusión: La religión, la familia, el estudio, el trabajo, el dinero y el amor. Todos en éste orden de prioridad y todos absolutamente necesarios en una persona íntegra y estructurada en valores; el amor, este último componente del ser no fue tratado lo suficientemente claro debido a que aún mucho de lo concerniente al amor era un tabú incluso para los institutos de enseñanza media, de él se hablaba en religión y se decía que el amor es consecuencia de los principios morales y que obedecía a los mandamientos de Dios.

De la religión Pablo aprendió que lo es todo, pasado, presente y futuro de la humanidad, no hay vida material sin la espiritual, Dios lo ve todo y sus designios son el bien que nos llega cuando hacemos lo correcto y también es el sufrimiento cuando pecamos. Se vive para trabajar en la obtención de un espacio en el cielo y todos nuestros comportamientos están enmarcados en las leyes de la iglesia.

Pablo también aprendió desde niño de manera amplia y exacta lo que significaba la familia, ese núcleo de la sociedad parte esencial de la vida cuyos lazos son tan estrechos que sus relaciones no mueren con la muerte, sino que incluso desde el cielo los padres cuidan a sus hijos y los hijos muertos son ángeles que protegen a sus padres en la tierra,

el vínculo familiar es un lazo de hierro que se funde entre quienes componen un hogar y que perdura a través de los tiempos de manera inquebrantable.

El estudio abre los horizontes de las personas y sugieren un cambio a través del conocimiento, aunque estos horizontes son todavía controlados en sus contenidos de manera parcializada y todavía miopes desde las cartillas editadas en los institutos, horizontes propuestos sin duda también por las necesidades sociales en medio de una economía que cada vez es más administrada por pocos, no obstante y con las deficiencias expuestas el estudio es esencial y se sabe de manera general que mucho más importante que crecer con el conocimiento está el hecho de que ésta es la única forma de obtener un buen empleo y un buen empleo trae un buen ingreso, la relación matemática, lógica y común sustentaba en ese entonces que un buen estudio traía como consecuencia un buen trabajo y esto trae un buen sueldo y esto sin duda proporciona una buena vida. Sí, en la época en que nació Pablo todo era mucho más sencillo.

Sobre el trabajo Pablo sabe que dignifica al hombre y que la razón de ser del hombre es tener un buen trabajo y con él, mantener y proveer, formar un buen hogar de donde se creen vínculos y lazos familiares hechos con hierro fundido que perduren de manera eterna(en el tiempo el hierro que funde los lazos familiares se vuelve más costoso y el dinero empieza a convertirse en un bien que no solo provee sino que también es la fuente de la felicidad matrimonial y de muchos hogares), la familia vuelve a estar presente incluso en el trabajo.

Sin importar los arraigos ancestrales y la simpleza que hasta ahora se había vivido, el tiempo que se vive hoy ha traído a la familia Lizcano una era confusa, de pronto la ciencia descubre que los estados de la materia ya no son tres, sino que ya son más de ocho pasando entre otros por el estado gel, las dimensiones ya son once incluyendo al tiempo, en los supermercados se encuentran productos que ahora son necesarios pero que nadie sabe cuál es su origen, los niños creen que la leche se produce en bolsas por allá en fábricas y no en las ubres de las vacas ya que esto es desagradable y poco higiénico, también saben que el tomate nace en frascos de vidrio, nada de esto es comprensible para los simples mortales como Flaminio que han aprendido, conocido, mantenido y enseñado una vida simple.

¿Cómo entender a la materia y a las dimensiones de hoy?, vivir en un mundo en donde el buen estudio ya no es garantía de un buen trabajo, un buen trabajo ya no trae consigo un buen sueldo (ahora los arquitectos manejan taxis y los abogados venden en tiendas), el matrimonio ya no es para siempre y el vínculo sagrado de la familia es transitorio, los hijos ya no cuidan a sus padres ni estando muertos, lo que es peor aún ya no se sabe si hay cielo e infierno, la vida que le ha tocado a Pablo Lizcano es mucho más confusa para él y para sus propios padres.

Habiendo dejado el tema del amor descuidado por tantos años Pablo creció solitario en estas lides explorando en su soledad dimensiones incomprensibles para él. De repente se vio parado en las duchas del colegio viendo el pene y el pubis velludo de David y soñando con él en la clase de catequesis. Delgado y lampiño el cuerpo de pablo Lizcano no se veía en nada parecido a sus colegas de clase, más bien su

piel suave al tacto y su cintura estrecha le hacían parecer de cierta manera femenino, mirarse al espejo desnudo era explorar la octava dimensión o el quinto estado de la materia, esto era incomprensible desde la lógica de los simples mortales en donde el varón es hombre y la niña mujer, incluso su propio pene parecía un tímido órgano que no se desarrollaba de manera natural como en cualquier otro ser.

Para un adolescente en ésta precisa era de la humanidad la soledad se convirtió en un estado natural, para Flaminio los miedos y las preguntas sin respuestas eran lo habitual, no había para ninguno en la familia Lizcano profesor de biología, física, catequesis, matemáticas o alguien que pudiera dar una luz a su sendero.

Pablo parecía callado, pero no, su personalidad era una larva que empezaba a hibernar convirtiéndose en un capullo, parecía muerto pero la verdad se estaba convirtiendo en mariposa. (luego se entendería el término y la transformación de los hombres en mariposas).

Sí, para Pablo la vida era incomprensible para Flaminio la vida misma era un ocaso, morían los valores, las virtudes, la familia misma, el hogar, Laura tuvo una niña, su segundo hijo del matrimonio con Flaminio, luego la niña trajo un perro labrador, pero con todo y eso la era disponía y preparaba el terreno para el apocalipsis.

Todos moriremos y nos encontraremos con Dios, listos, dispuestos o no, expiaremos nuestros pecados sean estos creados por el hombre o por la misma humanidad. Para Flaminio los jóvenes y las adolescentes se han convertido en mensajeros del diablo, el sexo y las libertades sin control

han destruido a la sociedad misma, nada le importan a él las dimensiones o los estados de la materia, ni siquiera la marca de la leche que ha de comprar venga de donde venga, la moral no tiene negociación para Flaminio, por supuesto un bebe con pene es un varón, pobre, aún vive la vida distraído de lo esencial y no percibe el aire que es tan necesario, se pierde en sus arraigos como cuando se creía que la tierra era el centro del universo, está cerca el tiempo en que Flaminio Lizcano abandone su casa sin huir de su propia vida.

Como debiera ser, la fe religiosa que cumplió el deseo de fertilidad de Laura y que le dio dos hijos a Flaminio se mantuvo intacta en el seno de la familia Lizcano, cada domingo a las seis de la tarde sin falta, padre, madre, hijo e hija, asisten a la misa del sacerdote Augusto, la religión no fue materia de gran esfuerzo ya que en sí misma era un estilo de vida y éste estilo no ameritaba discusión, la familia entera encontraba en la misa un oasis en medio de tantos mares turbulentos, escuchando en ella preceptos y enseñanzas que perduran por siglos, esas tormentas disfrazadas en diversidad e inclusión todavía no llegaban a la catequesis católica y, la iglesia aún se mantiene ajena y avanza a ritmo paquidérmico en esto que convirtió lo simple en incomprensible, consecuencia según se dice de la modernidad o de la evolución descarriada, causando con ello y sin lugar a duda de divisiones, odios y rencor.

La confesión, esta herramienta dada por Dios para que los mortales mitiguen las consecuencias de sus actos pecaminosos, está administrada por el sacerdote Augusto en la capilla desde las cuatro de la tarde de todos los días, Pablo ha venido a confesarse con el ánimo de cumplir el sacramento y comulgar, hoy ha decidido pedir perdón por todos sus

pensamientos incluso esos que lo atormentan en las noches y no lo dejan dormir, sí, esos pensamientos que tiene sobre David y los verdaderos motivos que lo llevan a vigilar los entrenamientos de voleibol. El padre Augusto oye con paciencia y ternura las palabras de Pablo, lo apacigua y lo invita a rezar cincuenta oraciones de padre nuestro y veinte de ave maría, pero lo invita también a pasar a la oficina parroquial.

Lo que sucedió en la oficina del sacerdote sólo lo puede contar Pablo y él nunca lo mencionó, lo cierto es que después de esa tarde de Domingo la vida del joven Lizcano cambiaría de manera definitiva. Conocemos del hecho por que en la investigación judicial se le encontró al padre Augusto evidencia de las visitas de Pablo y otros siete adolescentes más que eran turnados cada domingo después de confesión a eso de las cinco y treinta de la tarde; ninguno de los adolescentes había confesado en el pasado nada hasta que una madre descubrió a su propio hijo tratando de huir de esta vida de manera intencional por causa según él de las visitas a la parroquia, la diferencia entre Pablo y el otro joven es que aquel otro adolescente había nacido con pene, pero también era un varón.

Flaminio que siempre fue un hombre de Dios deseó su propia muerte y también porque no, la del sacerdote Augusto, de este deseo nunca se arrepintió, pero cuando Pablo le informó que se iría al seminario para hacerse sacerdote, la vida entera para éste hombre y padre abnegado se hizo pedazos, quedando rota de manera definitiva.

Nada tenía sentido, así de pronto los géneros ya no son dos ni siquiera en la iglesia a donde sagradamente asistía a re-

cibir aliento espiritual. El día en que Pablo dejó su hogar para partir a su nueva vida espiritual en donde esperaba expiar sus pecados y entregarse en cuerpo y alma a Dios, Flaminio tomo una pequeña maleta de cuero empacando no más de tres mudas de ropa, tomó una pequeña libreta con solapa negra para sus apuntes y salió sin rumbo, vestido con un pantalón de tela azul oscuro, una camisa blanca, un blazer y zapatos marrones.

En la casa Lizcano y de lo que fue un hogar no queda nada, Laura vive como una viuda con un marido que se ha desterrado a sí mismo, vive también como una madre que espera el regreso de su hijo convertido en sacerdote (el futuro padre Pablo Lizcano), mientras tanto ella terminará de criar a su hija adolescente y un perro labrador.

Capítulo 11.
La luz

Dice una psicóloga conocida que los psicólogos como personas están igual o más perdidos que sus propios pacientes en esta vida pero que, la diferencia es que ellos (los psicólogos) tienen la lámpara para iluminar en medio de la oscuridad. ¿Qué ilumina esta lámpara?, me refiero, ¿buscan un camino?, ¿iluminan el destino, un mapa, al viajero para reconocerlo, o iluminan el entorno para encontrarse en medio de un propósito?, ¿para qué es la lámpara?, entiendo lo importante de la luz, sin luz no hay guía, cualquiera que sea la que se necesite, un camino, un destino, un mapa, al viajero, lo importante es la luz.

La estrella de belén fue una luz, guía inequívoca del sitio de nacimiento del redentor de la humanidad, la luz, unidad de medida de las distancias espaciales que marcan no solo la ubicación de los objetos aparentemente inalcanzables, sino que también el tiempo para llegar a cualquier destino desconocido aun sin proponerlo, las civilizaciones antiguas hacían ofrendas de vida al Dios del cielo por temor a que no volviera el sol cada mañana, la luz, es la guía, el camino, la vida.

Javier, un gran amigo ha vivido la experiencia de la muerte después de estar en coma y en cuidados intensivos por más de seis meses, él vio la luz.

El hecho de que la mayoría del espacio sea oscuro se hace visible por la luz de los pocos objetos que la producen y otros pocos que la reflejan. Comprendo entonces que en medio de la oscuridad son los pequeños diminutos espacios en donde se produce luz, los que dan sentido al todo y se convierten en la medida del viaje, una guía del camino, del entorno y del propósito, incluso dejan ver al viajero y son vida.

Nuestros faros de luz vienen como parte del equipamiento que alguien cuidadosamente preparo para el viaje de la vida, como sociedad nos cuesta ver su iluminación, aprendimos a reemplazar esta iluminación, creamos soles brillantes y artificiales para estar cómodos en el transito del día a día y así, no estamos ni nos sentimos solitarios (tampoco humanos).

Sin la conciencia de los faros y su iluminación original transitamos en el espacio oscuro, pero entonces cuando nos apartamos de las cortinas y de lo cotidiano, llegan esos pocos minutos en donde estamos a solas con nosotros mismos enfrentados a nuestra realidad, es allí en donde debemos detenernos y aprovechar el tiempo; la vida nos prepara también eventos que nos impulsan a abrir esas cortinas y así, ésta luz se nos da de diversas maneras no sólo en nuestra intimidad, se da en las experiencias emocionales, en frustraciones, en fracasos y también se nos ha dado en el desahucio (el tiempo de la conciencia de la muerte inminente y el acto de morir) para aquellos privilegiados que han tenido esta oportunidad, se nos da en la muerte misma, también en los estados de trance, causados estos de manera voluntaria o involuntaria.

Estos faros de luz dan el sentido a la permanencia, pero la permanencia en esta vida no tiene sentido sin la evolución del ser, la permanencia se debe transformar en evolución, así entonces, estos faros de luz nos recuerdan que sin evolución la permanencia no es justificada y moriremos, la muerte entonces se convierte en el tránsito a otro estado en el que la evolución empiece de nuevo.

Los momentos a solas con nosotros mismos nos hacen ver de alguna manera el estado de nuestra propia evolución y ya que hemos permanecido por largos ratos escondidos en lo cotidiano, los faros de luz nos iluminan y dejan ver la desolación, desesperación y frustración del tiempo perdido.

Algunos privilegiados conocen la fecha de su deceso en el corredor de la muerte en donde todos transitamos de manera irremediable, el conocer la fecha les permite abandonar sin duda lo cotidiano, las pantallas que ocultan la luz y entonces viven sus días de manera distinta a lo que les fue enseñado, son libres de expresar y expresarse quizás con el silencio, quizás con palabras que parecen incomprensibles pero que son sin duda la razón de la permanencia si existe la evolución del ser.

Para muchos de nosotros la muerte es algo terrible, una pérdida, un vacío, pero para medio mundo la muerte es simplemente una transición necesaria en la evolución de nuestra especie, es el cambio necesario para crecer, los capullos se convierten en mariposas y los fetos en seres vivos a la luz del mundo y no ocultos en ningún vientre, ellos nacen.

Morir es nacer y la luz que nos recuerda la distancia entre el origen y el fin no puede pasar desapercibida.

Ve hacia la luz de la manera en que ella te llegue (quizás estas naciendo), deja que te ilumine el rostro, el camino, el mapa, el entorno, el destino, la luz nos llega de maneras diversas, tanto, como diversa es la humanidad.

La luz del secretario Beltrán, la del Padre Pablo Lizcano y su padre Flaminio Lizcano, la luz de María y la de Lucía ha estado encendida desde el día mismo de su nacimiento, cuando parten dejando atrás sus vidas huyen de la oscuridad, iluminados sí de manera transitoria o permanente.

Ve hacia la luz en las noches solitarias, permite que te muestre tus miedos ocultos, ve hacia la luz en tus alucinaciones, ella te mostrará el entorno, ve hacia la luz en tu trance, así verás un camino y definitivamente ve hacia la luz en tu muerte, allí, encontraras la justificación de tu permanencia y el tiempo, es tan solo una dimensión y no la única por cierto para medir tu evolución, lo demás es solo transición.

Hay que aprender a vivir para aprender a morir como hay que aceptar el faro de luz que nos hace visibles en medio de la nada, aunque no nos guste lo que veamos en la inmensidad de la materia oscura la luz nos hace visibles como pequeñas partículas que le dan sentido al universo.

Sí, debemos aprovechar estos faros e ir hacia la luz que ya vive dentro de nosotros y que se oculta en lo cotidiano desde donde pretendemos huir a lo que no tiene escape, a nuestra evolución, por lo tanto, permanecer debe dar paso a evolucionar.

Capítulo 12.
Un congreso de fertilidad

Los congresos de fertilidad no son necesariamente la mejor forma de pasar el fin de semana, pero para Lucía es un compromiso ineludible como parte de la cátedra de obstetricia, el fin de semana ella prefiere pasarlo entre su finca y los salones de belleza y por supuesto las noches enredada en los brazos de Manuel, éste sábado precisamente se habían propuesto comprar unas macetas para cambiar las plantas del lobby de su consultorio (Manuel normalmente la acompañaba en estos quehaceres), pero la universidad que había dejado sin confirmar la presencialidad al congreso había enviado un mensaje a última hora del viernes afirmando que más allá de la pandemia se cumpliría con lo programado en el salón de convenciones y para ello se garantizarían todos los protocolos de bioseguridad.

El desayuno lo preparó Manuel mientras que Lucía se bañaba, eran apenas las siete de la mañana del sábado y ya Manuel pensaba en los pocos días que tenía para anunciar que ya se había hecho todo lo respectivo al trámite de la nulidad matrimonial católica, no se puede olvidar que los anhelos de Lucía eran y debían ser una realidad, Manuel como muchos otros que hacen parte importante en la vida de Lucía construían en silencio sus realidades. Aunque ya Manuel había entregado toda la documentación necesaria y había cumplido la cita en el tribunal eclesiástico a Lucía le

servían solamente las evidencias de los avances o la resolución del hecho y nada más.

Lucía mientras tanto y por su parte, maldecía el hecho de no poder ir a la finca por tener que ir a un congreso de fertilidad, si no fuese porque hace parte de sus créditos en la especialización de ninguna manera gastaría el tiempo en semejante actividad, y es que además, como mujer Lucía no quiere tener más hijos y no sabe cómo hacen las personas de estos tiempos tan incomprensibles para desear tener hijos, fertilidad que cosa tan sobrevalorada en aquellos que no han vivido la experiencia de ser padres.

Lucía sabe que en el presente los hijos ya no son la esperanza de los padres y los padres hace tiempo dejaron de ser el futuro que sueñan sus hijos; ahora se habla de la ingratitud y la rebeldía, de la terquedad e irreverencia adolecente y en estos tiempos tan incomprensibles hasta en esto se han creado caos, revoluciones y conflictos que paren más divorcios y, los hijos seguirán criados o mejor dicho aguantados por los abuelos.

¿Para qué diablos la fertilidad en una época tan oscura?, definitivamente Lucía no quiere hijos por eso esta tan complacida en que Manuel se haya hecho la vasectomía hace ya más de doce años, incluso se la tuvieron que repasar por una orquitis aguda en el testículo izquierdo, que mejor garantía que esto. Fertilidad, para Lucía los hijos son como muchas cosas en la vida que contienen más expectativas que realidad, incluso la realidad de criar y formar un ser humano capaz de enfrentar este mundo se aparta tanto de las posibilidades que la estadística podría convertirla en una utopía, los jóvenes que sobreviven y progresan se hacen en

la mayoría de las veces a sí mismos porque ellos mismos construyen un espacio dentro de esta maraña de cuentos sociales y comerciales hundidos en el consumismo cruel con los valores fundidos en el dinero simple y contante.

El tema de la fertilidad es solo un capítulo dentro de los textos de obstetricia, pero que para la vida de esta pareja significa no ir a la finca, ni al salón de belleza, ni a comprar macetas para el lobby del consultorio, para ellos la fertilidad es una pérdida de tiempo en cualquiera de sus presentaciones, así de simple.

Manuel planeaba ir al gimnasio una vez dejara a Lucía en el salón de convenciones, sirvió el desayuno: chocolate con nueces y vainilla, arepas de maíz, huevos fritos no tan blandos y un pan con relleno de queso crema, luego, fue al cuarto para prevenir que su prometida no dejara enfriar la mesa, descubrió que ella estaba desnuda, sus pezones fríos apuntaban justo frente a él con las aureolas llenas de puntos erectos pero suaves al tacto, su piel tersa y blanca dejaba percibir el flujo sanguíneo que le recorre el pecho, Manuel adora esa blancura en la piel de su prometida; Lucía se secaba el cabello de manera desprendida renegando todavía y no en voz baja sobre el congreso, Manuel le miraba el perfil que denotaba sus nalgas redondas y moldeadas, él quería cazarla allí mismo como a una gacela que se ha quedado atrapada entre la puerta del baño y la pared del vestiér, arrojarla al suelo, incapacitarla mientras le muerde el cuello, verla agitada y sentirla respirar agonizante, luego penetrarla hasta dejarla en un purgatorio luchando con ella misma dudando de si ha pecado o no, y si ha muerto llegando al cielo o al infierno.

El ser humano y los delfines comparten eso de tener sexo sin necesidad de procrear, ha de ser un regalo del mismo cielo o, ¿cómo entonces los delfines no pecan con ello?, para estos mamíferos uno acuático y el otro terrestre el sexo es más bien es una forma simple de disfrutar y si bien es cierto que los humanos hemos evolucionado en relación a algunos animales porque le hemos agregado al sexo el concepto del amor, mezclando con ello valores que incluyen el respeto y la intimidad, seguimos siendo en todo caso animales. Luchamos diariamente entre la monogamia y la necesidad de proliferar la especie, pero con respecto a tener sexo y tener hijos los delfines y los hombres nadan a la par.

Manuel es un delfín y Lucía nada junto a él y seguramente si este hombre le besara el cuello, su prometida esa mañana hubiera vivido un purgatorio lleno de placer; Manuel se contuvo y se dispuso a arreglar la cama no sin antes advertir que los huevos del desayuno ya estarían fríos.

A eso de las ocho y quince de la mañana Lucía llegó por fin al centro de convenciones, tarde para ingresar al salón de conferencias se registró en un libro de actas dispuesto para ello en una mesa a la entrada del recinto, saludó mientras caminaba al decano de la facultad, luego se sentó en la segunda fila de adelante hacia atrás justo en la segunda silla y de frente al atril destinado para el experto invitado y facilitador de la primera conferencia que debió empezar a las ocho de la mañana; el invitado aún no estaba presente, el anfitrión y presentador del evento estaba en la fase de agradecimientos y reconocimientos sobre el esfuerzo que significa para los galenos asistir a un acto presencial en estos días de pandemia; luego de hacer una breve descripción de los protocolos de bioseguridad y de la dinámica del evento

que incluía un almuerzo bufet en el restaurante principal dio paso a presentar al conferencista.

- **Nos acompaña el sacerdote de la parroquia de nuestra señora de Chiquinquirá el Padre: Pablo Lizcano, quien es entre otras cosas experto en familia y hogar, con el tema "Fertilidad una fuente del bien social"**

¿Qué diablos tiene que hacer un sacerdote en este evento?, ¿qué es eso de la fertilidad como fuente del bien social?, a Lucía ahora si le parecía más allá de toda duda que este sábado terminaría definitivamente muy mal.

El padre Pablo Lizcano inició su presentación recordando a los creyentes y a los que no, que el fin del matrimonio era la procreación y que Dios había dejado en el sexo la función de la fertilización, en pocos segundos el sacerdote nos separó de nadar juntos con los delfines dejándonos en pecado en lo que a diversión sexual se refiere. Lucía se acomodó en su silla dispuesta a plantear controversia médica, social, biológica, legal, y toda la que fuere necesaria, pero, el padre Pablo se dirigió por un segundo a los creyentes y les convino en que los votos hechos a los sacramentos son tema de fe, espiritualidad y convencimiento propio. Nada es al azar.

Lucía se perdió en una bruma repentina en donde recordó que su anhelo era el de casarse por la iglesia católica pero ahora con la convicción de no querer tener hijos, esto se le convierte en una contradicción, ¿de qué manera lo puede sustentar?, se debate ella entre el dilema de ser creyente al fin de cuentas o solamente cumplir un anhelo social. No, el conversatorio del padre Lizcano no era de carácter médico y Lucia por su parte empezó a sentirse inmoral, se sumergió

por un instante en ella misma, de pronto le iluminó un faro que le advertía del peligro de colisionar en esta travesía por la que ya navegaba con su prometido, la luz trajo desasosiego y mucho temor de estar pecando y condenándose por sus deseos que dentro de poco serán una realidad.

Capítulo 13.
La partida de Flaminio

Luego de la muerte del secretario Beltrán y verse reflejado en el suplicio de la viuda Dolores, Flaminio perdió la voz, renunció a hablar (ciertas personas parecen ausentes pero a lo mejor están en un trance hipnótico, desorientados buscan ser iluminados de manera interna y ubicar el camino que ha permanecido oculto o esquivo) él busca su destino, ése espacio/tiempo a donde se debe llegar por evolución denota sin duda entonces que la vida no significa simplemente permanecer; las personas que se consideran civilizadas y aparentemente presentes en voz y cuerpo frente a la adaptación social creen que evolucionan y crecen, pero la verdad es que simplemente permanecen, está demostrado que en Flaminio esa vida no dio fruto alguno, esa precisamente es la vida que ha abandonado para no mentir ni engañar a nadie como lo hicieron con él o con Dolores (los occidentales vivimos convencidos de que los otros, los ausentes sociales, son los desadaptados que permanecen, que error tan grande).

Flaminio no quiere permanecer, quiere crecer, evolucionar, es cierto que no habla, no fue necesario ni siquiera para escuchar las razones de la muerte del secretario, las personas que se pavonean por la plaza le dicen todo lo que quiere saber sin necesidad de hablar, pero si Flaminio hablara muchos escucharían lo que sus palabras quieren decir, unos, tal vez por curiosidad y otros tratando de aprender cómo se

encuentra esa luz interior que le ha llevado a él a mundos antes inimaginables, a esas otras dimensiones que se crean ante la incredulidad de los comunes y que se evidencia cuando él encuentra el punto de fuga, ese mismo punto a donde viaja y refleja su mirada.

Estos mundos extraños que descubre Flaminio no son ficción como no lo son los otros estados de la materia que jamás nos enseñaron en nuestro tiempo y que no llegaremos a comprender jamás, la mayoría de los comunes vivimos distraídos y ajenos, como inconscientes de las dimensiones más allá del largo, el alto y el ancho, ya que ni el tiempo es comprensible; hemos vivido distraídos incluso del aire que ahora se ha vuelto tan necesario.

Los nuevos, nacidos en época correcta (a quienes nacen en épocas equivocadas se les dice locos) han demostrado estos estados y dimensiones de la materia, Flaminio busca estados emocionales no de pertenencia sino de evolución que hasta ahora sonaban incomprensibles. ¿Necesitará morir y abandonar esta época para volver como un ser nuevo? O la vida ya le tiene muerto en vida y la evolución le llegara sin el acto de morir.

Flaminio reza en silencio y medita sobre la generosidad del supremo que se le muestra como la capacidad recibida de haberlo abandonarlo todo para entregarse a la aceptación de su propia fragilidad, aceptación, la simple aceptación de una vida llena de engaños y falsedad. ¿Qué sentirían hoy los monjes de la edad media al descubrir que la ciencia tenía la razón y la tierra no es de repente el centro del universo? ¿los ha traicionado Dios o el hombre jugando a ser Dios? Así, de esa misma manera, la luz interior conduce a Flaminio a un

estado de aceptación generoso en donde Pablo es quizás ya un sacerdote con un género diferente al de hombre, aunque haya nacido con pene.

Para Flaminio, la profundidad de la oscuridad interior que se develó iluminada con la muerte de Beltrán no es cuestión de la aceptación de la existencia de la homosexualidad, no, esto no es una cuestión simple y superflua de la homofobia, es cuestión de entender que su propio padre murió de manera equivocada, que aunque haya vuelto a nacer, él perdió su vida viviéndola ajeno a elementos intangibles pero por supuesto reales, benditos los ancestros que no necesitaron más que el aire, el agua y el alimento, en donde los lazos afectivos se forjaron con la necesidad de subsistir, pocas dimensiones del ser nos llegan como objetos tangibles, en lo material nos volvemos ajenos e inconscientes de la verdad; el abismo iluminado de Flaminio consiste en la inmensa pérdida del tiempo utilizado en unos valores que nos fueron impuestos y detrás de los cuales la humanidad avanza sin sentido y que según él, ya no son, como su propio y apacible hogar el cual ha abandonado con generosidad o, como los deseos ocultos del secretario que engañaron a su familia hasta el día de su muerte.

Flaminio se maravilla con la belleza de la juventud y de la adolescencia, al fin y al cabo, son ellos los que moldearán el mundo con sus ideas y visiones nuevas (en ellos hay sin duda seres nuevos en un tiempo acertado) éstas, van mucho más lejos que las nuestras, así y sólo así hemos avanzado como sociedad para bien y también en el mal y, no necesariamente como personas, pero si como civilización.

El reto de los nuevos está en la forma en que siendo jóvenes demostrarán esas dimensiones, géneros y otros descubrimientos todavía incomprensibles, el reto se basa también en que la mitad del mundo entiende que hay mucho por descubrir y lo investiga, mientras que la otra mitad se pasa el tiempo pensando en cómo vivir perteneciendo y permaneciendo nada más, creando incluso estereotipos que les permitan ser parte de un todo que a su vez no significa nada, por eso, el destino, ese espacio/tiempo evolutivo del ser se torna extraño y al final, la humanidad distraída de lo esencial deberá una vez más morir para nacer de nuevo.

Al pueblo ha llegado una pandemia que nos recuerda la fragilidad del hombre y nos ha puesto a valorar el simple aire, muchos mueren con tubos en sus gargantas tratando de recibir éste bien preciado, otros sentirán que pierden su energía, esa misma que se ha malgastado en esfuerzos inútiles por hacer parte de la nada, otros vivirán con la conciencia de la necesidad de revertir los valores abandonando el inerte y simple trabajo de permanecer, los que mueren vuelven a nacer en otro tiempo y los que no mueren nacen en este con una nueva oportunidad.

Flaminio está volviendo a nacer sin haber muerto primero, consecuencia de una experiencia traumática deseada o no, voluntaria o impuesta qué más da, su hijo Pablo es en esto un visionario y Beltrán la prueba fehaciente de que Flaminio debe morir, pero en éste trance de donde él no escapará, sólo le queda permanecer, crecer y evolucionar de una manera que no muchos podrán entender; en silencio aguarda hasta que el destino le fije una fecha esperando con dos maletas casi vacías porque saldrá de manera programada pero

en un tiempo imprevisto, de esa misma manera dejó su casa, sus dos hijos, su esposa y un perro que odiaba.

En la banca del parque Flaminio es alimentado de vez en cuando por la viuda Juana, en otras ocasiones por la misma Dolores, en el café colonial han decidido que podrá usar el sanitario pero nada más, Flaminio no se baña, parece una ruina que se deshace con cada día un poco más, su barba ha crecido desparramada y su estómago es abundante, a veces pareciera que la mugre le alimenta, no es natural, un muerto en vida que pareciera como esas momias a las que no se les permea la piel con bacterias u otro mal, Flaminio incluso parece saludable, insalubre sin duda pero su talla alta, su robustez y su carácter, contradicen eso que dicen que el cuerpo debe ser cuidado para durar.

En las noches de frío, Flaminio se acuesta bajo la misma banca cubierto por una cobija gruesa que puesta sobre la madera que sirve de asiento, forma un pequeño espacio dando la sensación de crear una pequeña carpa, allí en este espacio pasa sus noches, cuando llueve se mueve unos metros por la vía que sube hacia la casona San Martin, se ubica bajo el alar de la botica que es el alar más grande y sobresaliente de la calle, duerme tirado en el piso usando como abrigo la misma cobija de lana, cuando duerme en la botica Flaminio alcanza a ver el balcón del cuarto piso por donde el secretario compañero de aguardientes, volaría un sábado hacia un sendero oculto pero iluminado por la luz de libertad; esa luz de libertad estaba presente en el secretario desde su nacimiento pero vivió oculta en los paradigmas, retos y dilemas de nuestra civilización, oculta por demás dentro de un hogar engañoso pero correcto a la vista de todos.

La pandemia ha tocado las puertas del pueblo, en un principio fueron dos visitantes los contagiados que seguramente llegaron así desde la capital, luego fueron tres comerciantes de la plaza de mercado, seguramente se infectaron en sus distintos viajes de venta de ganado, luego ya fueron doce personas incluyendo recepcionistas de hotel, barberos, agentes del banco e incluso el alcalde fue internado ya en el hospital víctima de la enfermedad.

Nadie ha muerto, dicen que el señor Jonás que murió en la capital iba infectado desde el mismo pueblo pero esto nadie lo ha comprobado, últimamente todos especulan y viven con miedo, por esto las cuarentenas se viven de manera estricta, nadie sale de sus casas, aun así, la viuda Juana envía con un mensajero comida a Flaminio, para ella sus huéspedes siempre han sido como los hijos pródigos sólo que éste vive cerca, no ha regresado a su hostal pero vive en su corazón muy, muy cerca, para Juana Flaminio es un milagro que aún no comprendemos; Dolores a su vez se hace sus mañas caminando por el parque so pretexto de ir a rezar aunque la catedral este cerrada, ella reza de rodillas mirando el portón en el atrio como si pudiera ver el altar, nadie la detiene todos por lo contrario la comprenden, en su recorrido deja comida y bebida a Flaminio; finalmente son estas viudas las causantes de que este hombre al menos en sus carnes perdure, viviendo así su nuevo nacimiento sin haber muerto antes.

La pandemia crece cada día, ya no se cuentan los infectados, el número perdió valor cuando rebasó los cien, ahora empiezan a contarse los muertos (seguramente dentro de muy poco ése número tampoco valdrá nada, así es la sociedad), contradictores del gobierno y creadores de intrigas y

conspiraciones dicen y sostienen que todo esto es una mentira, ya algunos lo creen y esto acrecienta la cantidad de muertos ya que los no creyentes en la pandemia andan por el mundo ajenos a lo esencial (la misma humanidad). Con la pérdida del valor de las muertes, con la economía casi muerta y con la alcaldía dispuesta a ceder, las puertas del mundo que rodean a Flaminio se vuelven a abrir, cesa la cuarentena mucho más rápido de lo que llegó a pesar de que el virus se ha apoderado ya de todo y de todos en el pueblo.

Flaminio sentado en su banca ve el mundo avanzar, ve como las gentes regresan al parque y las palomas revolotean por los pasos de la multitud, lo comprende entonces todo para sí mismo, recuerda a María la desahuciada de cáncer que murió por deficiencia respiratoria meses antes de lo previsto por el oncólogo, recuerda que murió justo cuando se retiró a vivir la vida iluminada por su propia realidad, sí, fue precisamente cuando la lámpara se encendió y en lo que era su oscuridad aprendió el valor de la muerte así como la del nacimiento, también el de la vida como el crecimiento, se ilumino justo cuando renunció a mentir para siempre jamás.

Flaminio entendió que Dios, el universo, la energía, el supremo, el creador, el destino le estaban dando su mejor oportunidad, le habían permitido vivir un tiempo consciente de su corredor de la muerte, no tenía fecha, pero si la certeza de morir para nacer, es lo justo.

En pequeñas gotas el virus se expande penetrando el cuerpo de los seres humanos, de manera imperceptible en un principio se apodera del sistema respiratorio, lo inflama, la hi-

poxia tiene lugar y muchos mueren entubados en las unidades de cuidados intensivos, otros sufrirán quince días de fatigas, gripes agudas, dolores, fiebres, luego se recuperan y continúan la vida sin mayores contratiempos, éstos le han hecho otro daño a la comunidad repartiendo la idea de que el virus no es mortal y así, entre unos y otros se matan sin darse cuenta.

A las cuatro y treinta de la mañana del jueves, la misma viuda Juana que ya caminaba sin temor por las calles del pueblo decidió llevarle un café negro hecho en agua de panela a su hijo pródigo, madrugó como todos los días, no había llovido por lo que la pequeña carpa luce tendida en la silla que mira al atrio de la catedral, Flaminio yace tendido, pero hoy no respira, esta frío, han pasado tan solo días desde que los paramédicos lo vinieron a tratar de convencer de que se fuera al hospital, Flaminio no cumplió su promesa de un tratamiento y ha muerto, pero, aunque el pueblo entero diga que ha sido por su terquedad la viuda Juana sabe que su milagro pocos lo podrán entender.

Afanosamente la viuda esculca al muerto, busca en los bolsillos del difunto y extrae una pequeña libreta con solapa negra luego en susurro le dice: - "*ve hacia luz*" (ella no sabe que la luz ya estaba en él desde la noche en que llegó al pueblo justo a las siete en punto y con una pequeña maleta en donde a duras penas caben tres mudas de ropa).

Horas más tarde en el pueblo, allá en el parque principal, la banca metálica de la esquina que da frente al atrio de la catedral, la que se ubica a pocas casas del café colonial y que orienta la calle que sube pasando por la casona San Martín, sí, la misma por donde se sube a la vereda del santísimo, ésa

banca está vacía, se ve solitaria y abandonada como el parque mismo y, es seguro que después este día con la partida de Flaminio no son pocos los que le han perdido el sentido en transitar por allá.

Capítulo 14.
Dilemas

El dilema de Pablo que al mismo tiempo es la paradoja del papel de la iglesia en este congreso, es el tener que hablar precisamente de fertilidad y procreación como objetivo principal del matrimonio desde ésta, una institución que no promueve el matrimonio entre sus propios pastores, pero es que el mismo Pablo ya es una contradicción, él en sí mismo es un debate entre el hombre hecho de carne y deseos ocultos y, el espíritu con alma sacra.

El sacerdote promovía a toda costa los esfuerzos necesarios para lograr que el matrimonio hiciera parte del núcleo familiar y a la familia como el eterno núcleo de la sociedad, aunque aquello se desdibujara con el paso de los años y con la llegada también de generaciones que aprendieron a vivir con lo desechable, lo que se usa, lo que se agota y lo que se tira; así mismo se viven las relaciones interpersonales; luchar por recuperar el valor de los lazos familiares es una cruzada que para Pablo vale la pena aunque en su propia casa esos lazos se rompieran para siempre justo el día en que partió para convertirse en un servidor de la iglesia, ésa misma iglesia que lo tiene acá promoviendo una fertilidad cada vez menos deseada.

Ser hombre o no, ser mujer o no, ser gay, lesbiana, travesti, o cualquier otro género, vivir en lo alto o en lo ancho, en lo alto o en lo largo, en el tiempo, en otras dimensiones, comer sólido, liquido, gaseoso o gelatinoso no es la cuestión, a fin

de cuentas, la cuestión es ¿cuál es el sentido de hacerlo y vivirlo? Cuando el padre Pablo se enfrenta a sí mismo en sus noches de soledad en esos segundos sinceros, se llena de miedo como todos, es cierto, muchas veces no le haya una razón de ser a su existencia, entonces piensa en la muerte y allí se re encuentra en una salida innecesaria y sin sentido que entre otras cosas no requiere esfuerzo puesto que todos moriremos, ésa en particular es una tarea que no requiere de nuestra parte nada especial, sólo permanecer.

Morir no nos exige nada, la muerte es tan natural y necesaria como el aire que respiramos los hombres, mujeres, travestis, homosexuales, lesbianas y todos los demás géneros vivimos y respiramos de manera involuntaria, usamos el aire de manera impredecible, asumimos que el aire es tan natural que ya no lo percibimos, solamente lo tenemos en la conciencia cuando lo necesitamos y no está, así es la muerte, vivimos ajena a ella y la percibimos solamente cuando la vida se nos va de manera voluntaria o no, cuando la vida pierde el valor la muerte cobra sentido para muchos. ¿y cómo adquiere valor la vida?, en eso piensa Pablo cuando se enfrenta a sí mismo en las noches de soledad, la conciencia le llega como un faro que le guía pero que también le advierte que lo importante no es pertenecer sino evolucionar.

¿Evolucionó Pablo de hombre a gay?, no, eso ya está desde el inicio de los tiempos y, si Darwin tiene razón veremos que los comportamientos homosexuales hacen parte de la vida natural, no somos ajenos a ellos, ¿evolucionó el mundo porque la tierra no es el centro del universo?, no, si los científicos tienen la razón esto viene desde el Big Bang. Evolucionamos con la capacidad de aceptación del cambio, con la capacidad de aceptación de un amor desprendido y con la

compasión, evolucionamos cuando entendemos que somos transitorios y debemos perder el egoísmo, evolucionamos cuando recibir no es la meta y la reciprocidad no se mide en cantidad, evolucionamos cuando podemos morir en paz en la conciencia de que partir es llegar a otro lugar, nacer después de una muerte de cuyo pasado traemos las maletas llenas de experiencias maravillosas desprendidas de las cortinas que ocultan la realidad.

El faro ilumina al sacerdote Pablo Lizcano y le da la luz necesaria para continuar en su camino y es por esto que puede dirigirse a una comunidad médica para hablar de fertilidad, aunque él mismo no vaya a tener hijos, ni se vaya a casar, ni va a dejar de ser lo que es, el hombre carne y el espíritu religioso conviven en un ser, Lizcano sabe que no sólo se promueven comportamientos desde la razón comprobada o porque seamos perfectos, muchos de los promotores son visionarios en medio de su imperfección y hablan del deber ser.

Pablo habla con propiedad de aspectos que jamás vivirá, sonríe, por allá en la esquina izquierda hay un hombre de edad mediana que le llama la atención, parece otro médico más en el auditorio pero le atrae de manera precisa y fiel a sus instintos, se deja llevar por la visión de las duchas de su adolescencia, por los besos de Miguel en sus noches de seminario, vuela al encuentro de sus placeres íntimos mientras que sus palabras hablan de Dios, la pareja, los hijos, el hogar y por supuesto de lo importante que es tener hijos.

El dilema de Lucía no es otro que casarse en comunión con su fe faltando al objeto mismo del matrimonio, verse cumpliendo un acto social justificado sólo por sus anhelos que

deben hacerse realidad, nuevamente experimenta eso de tenerlo todo y nada, entonces desear mucho más, ser dueña quizás del aire intangible e incontrolable, impredecible pero necesario. ¿cómo se puede ser dueño del aire?

El discurso del sacerdote Pablo Lizcano le llegó a Lucía no por el concepto médico ni por convencerse de la necesidad de procrear, pero si, por el afán de sentirse a sí misma engañada en un matrimonio de carácter puramente social, por esto tan pronto terminó la intervención del padre pablo, ella no hizo preguntas ni cuestionamientos científicos, médicos, legales, ni morales, ella guardó silencio, esperó un par de minutos acomodándose en su silla hasta que el anfitrión del congreso avisó que era hora de un Coffe Brake.

La vida es extraña, a veces nos parece ajena como si no fuéramos más que piezas de un juego controlado por alguien más, los caminos que serpentean y unen las diferentes dimensiones nos comunican a unos a y otros, suele suceder entonces que nos encontramos repentinamente y aparentemente distraídos en un mismo destino con alguien que nos era desconocido pero esencial.

Éste destino compartido nos da la ilusión de pertenecer a un todo y valer, así como las luces que iluminan el espacio vasto y oscuro, así y no de otra manera quince minutos en el hall bastaron para que finalmente Pablo y Lucía se conocieran, él tomando café negro hecho en agua de panela y ella una bebida aromática de frutos rojos.

Capítulo 15.
El encuentro

Para ser un hombre de edad mediana Manuel demuestra gran estado físico y es que el deporte no le ha sido ajeno, desde niño practicaba siempre alguna actividad deportiva, en un comienzo guiado por un espíritu competitivo propio de la juventud, luego por mantenimiento y hoy se limita a lo cardiovascular, ya no es necesario competir con los jóvenes sobre la masa muscular o los abdominales planos, pero sí, sobre la salud que se va volviendo escasa con los años, curiosamente el sedentarismo moderno ha causado que el estrés deteriore la salud de gente que sufre desde muy joven los achaques del cuerpo, algunos incluso mueren como consecuencia de ello; la competencia de Manuel no es con nadie más que con su propia capacidad de mantenerse vivo de una manera tranquila y apacible el resto de los años que le queden de vida, para esto el deporte es sin duda una necesidad.

A las once de la mañana termina su rutina que normalmente comprendía de cuarenta y cinco minutos en caminadora a paso de trote, treinta minutos de elíptica y otros treinta de bicicleta, luego, estirar para evitar contracturas musculares o calambres, la rutina de gimnasio en la mañana del sábado reemplazó la visita a la finca y la compra de macetas para el lobby del consultorio, actividad que se había cancelado por un congreso de última hora que obligó a su prometida a estar ausente hasta las cinco de la tarde.

Mientras que los minutos avanzaban en el panel digital de la máquina de trote, Manuel mira por el ventanal que da hacia la montaña pero él no observa nada, su mente divaga sobre la respuesta que debe recibir del tribunal eclesiástico, la secretaria le prometió que el tiempo de resolución era corto, no mayor a cuatro meses, los argumentos de la solicitud habían sido aceptados sin contratiempo; Manuel divagaba sobre su pasado que volvía y debía ser parte de su presente para continuar con los planes de vivir finalmente con Lucía, ¡vivir no, casarse!

Manuel ama a Lucía de eso no tiene duda alguna, él haría cualquier cosa por ella, casarse no es un reto, es una forma, sí, la forma social y espiritual de sentirse en propiedad y propio, aunque para ser honestos sentirse en propiedad y propio no es algo que respeten mucho los casados de hoy, incluso en el pasado los hombres poco respetaron eso de ser propios de su esposa, en todo caso, el matrimonio es un sacramento en todo el sentido de la fe y de la comunidad, Manuel disfruta y apoya el anhelo de su prometida de tener un matrimonio católico, por esto, su mente divaga mientras corre en la cinta de trote pensando en que aún falta un mes para recibir respuesta de la curia.

Ya han pasado tres años de noviazgo tiempo suficiente para que Manuel se sienta propio con Lucía, no se siente tanto en propiedad ya que en todo caso siempre existirá duda sobre la propiedad de la pareja; las discusiones, la individualidad, los apegos y los arraigos son algunos aspectos entre otros que no permiten sentirse en propiedad de nadie, las parejas igualmente se aman y se comprometen de por vida a permanecer juntos (algún faro ilumina también los

matrimonios recordándoles que sin duda deben evolucionar o desaparecerán) Manuel y Lucía no son la excepción, él, evoluciona con la conciencia de ser propio en esta relación y ella con el deber de amar y amar finalmente de manera despreocupada al contar con un hombre que le da todo sin la necesidad de tener nada.

Al salir del gimnasio Manuel compra una botella de agua y se dispone a conducir hasta el apartamento para tomar una ducha y pedir un almuerzo a domicilio, (Lucía almorzará en el salón de convenciones), antes de encender la camioneta el teléfono le advierte que tiene un mensaje en espera, el comportamiento compulsivo y cuadriculado de Manuel no le permiten continuar sin limpiar la pantalla de inicio del celular; entonces y para sorpresa de él mismo evidencia que el mensaje es del tribunal eclesiástico; ¡su anulación del matrimonio católico ha sido resuelta y aprobada!, puede pasar por el papeleo el próximo lunes en las horas de atención al público.

Manuel está sorprendido, ya se puede casar por la iglesia católica con Lucía, ¡otro anhelo hecho realidad!, bueno él se ha vuelto experto en esto, Manuel, aunque habla poco y parece lento en su comportamiento, en su vida no ha dejado aspectos sin resolver, aunque para muchos incluyendo a su prometida, la vida misma de Manuel aún es un manojo de errores que no se ha resuelto a cabalidad.

El prometido no pierde tiempo, hace reservación para una cena inolvidable, hoy mismo le dará la noticia a Lucía, celebrar y poner fecha a una boda que adolecía de término y terminar por ese mismo sendero un noviazgo que ya parecía interminable. Manuel se imagina la cara de felicidad de su

prometida, almuerza una sopa de verduras y una carne guisada con plátanos mientras sueña con el futuro como si fuera un adolescente desprendido completamente del hoy.

Mientras tanto, en el restaurante principal de la universidad Lucia almuerza un buffet compuesto en su mayoría por carnes maduradas, dos arroces, dos ensaladas, una tabla de quesos y pan, como los destinos son extraños Lucía almuerza junto al padre Pablo y se ha dispuesto a entender el sentido del matrimonio católico sin hijos y a resolver de manera definitiva si el sacramento mantiene el sacro espíritu aunque el sexo y la intimidad se utilicen como lo hacen los delfines, para entretención; y, justamente le ha de preguntar al Padre Lizcano un hombre que pasa las noches pensando en los placeres del amor homosexual.

Pasamos la vida respirando sin la conciencia del aire hasta que en un giro del destino éste se agote de manera voluntaria o no, vivimos sin percibir que el viaje tiene destino y tiempo definido hasta que conocemos (si somos afortunados) el término de la travesía, los sueños, los anhelos, la aparente realidad y los hechos, se tornan confusos cuando se agota el recurso que ha dado sentido a la permanencia, así y no de otra forma adquirimos conciencia; el dinero le ha puesto precio a las cosas incluso a las intangibles, pero también le ha quitado el valor a lo esencial, afectando incluso a los valores y los fundamentos de lo que somos como personas.

Cuando el valor y lo esencial desaparece hay una luz que nos obliga a despertar y lo hacemos en medio de incertidumbres y temores, nos sentimos engañados en una vida sin sentido, lo cotidiano se desvanece y buscamos la paz en

las maletas que empacamos antes de partir como asegurando que ya tenemos lo necesario para nuestra felicidad, una felicidad que es propia porque nadie más puede compartirla o entenderla, la felicidad es simple y ligera, no pesa. (supongo que con ése mismo sentido los egipcios y otras civilizaciones enterraban a sus muertos con lo necesario para la otra vida, desconociendo que la maleta estaba lista, completa o no, eso dependía del uso que el difunto le haya dado al recurso del tiempo que ha dejado atrás de manera imperceptible como al aire que ya no necesitará).

La conciencia nos llega tarde o temprano con la pérdida de lo que hasta ahora hemos considerado un bien propio como lo es el aire o la vida misma, la luz que nos guía el destino y el camino nos llega como una advertencia.

El lunes después de un fin de semana que llegó cargado de noticias inesperadas y beneficiosas para todos, trajo consigo el inevitable encuentro de personajes que hasta hace poco no se reconocerían juntos, los senderos y los caminos iluminados ahora por una fuerza incomprensible para el común se cruzan irremediablemente y se entrelazan de manera irremediable, es el futuro en su propio encuentro.

El tiempo y el encuentro de Lucía, Manuel y el padre Pablo Lizcano ha llegado, ordenado y ejecutado por la curia de manera rápida y oportuna; el tribunal eclesiástico ha dado luz verde al matrimonio de Manuel, Pablo ha dado su bendición a Lucia para contraer un matrimonio libre de pecado aunque el sexo sea recreacional tal como el de los delfines alejado de la fertilidad, el Padre Lizcano por su parte oficiará este sacramento libre de la culpa de su condición de hombre, lo oficiará en su condición de representante de la

fe, en este sentido Pablo es un pastor de ovejas orientando y guiando el rebaño en muchas ocasiones sustentado en sus propias debilidades.

Capítulo 16.
Vida nueva

Es una tarde maravillosa, el sol y su luz iluminan las montañas haciendo que los tonos verdes y marrones se resalten como si hubieran sido pintados al óleo, el aire es claro y se siente la pureza en el ambiente, a lo lejos se arremolinan unas nubes blancas que no amenazan con lluvia, la temperatura marca veintiún grados y la brisa mantiene fresco el valle.

A las cuatro de la tarde en la parroquia de nuestra señora de Chiquinquirá ya se han sentado los invitados, contrasta de manera hermosa la decoración de la capilla con flores llenas de colores que evocan a la unión y al amor, lejos al menos por unos instantes de las flores de velorio que ya son cotidianas en el pueblo.

Aunque la boda se planeó como una actividad para pocos invitados y la recepción dedicada exclusivamente para la familia y uno que otro invitado intimo a la pareja (la verdad Lucía y Manuel nunca creyeron en eso), como suele suceder con casi todo lo planeado en la vida los hechos fueron al final muy distintos, en la iglesia se aglomeran más de doscientas personas y en el salón ya se prevé que harán faltan platos para el buffet, los autos detienen el tráfico y los transeúntes se paran para ser testigos de un matrimonio que suena y se ve extraño sobre todo por estas épocas en donde las celebraciones han sido ya de verdad muy escasas.

Lucía se ve radiante, su cabello color dorado brilla bajo el sol mientras espera la señal para entrar a la capilla, Manuel espera ansiosamente en la mitad del corredor que da a al altar, el Padre Pablo ya está dispuesto y pasa las páginas de su biblia mientras reza en voz baja, a las cuatro y quince minutos de la tarde se oye la marcha nupcial y los novios caminan lentamente para ubicarse de rodillas frente a la imagen del santísimo que se ve acompañada de una virgen, el aire se mueve empujado por una brisa fresca decembrina, se mueve casi de manera imperceptible para muchos pero necesario para todos.

Lucía hace realidad su anhelo finalmente de vivir y casarse con su verdadero amor, hasta ése día lo había tenido todo y nada al mismo tiempo, ahora está convencida de que lo tiene todo basada únicamente en un hombre que no tiene nada más que ofrecer que un amor infinito por ella misma, así y de esa misma manera en que a ella le gusta sentirse propia y en propiedad, aunque esa propiedad les llegara como a todos los honestos, cargadas en principio de dudas y peleas sin sentido.

Lucía sonríe y una lágrima rueda por su mejilla recordando su niñez, extrañando la presencia de su madre (nuevamente lo tiene todo y quiere más) no es de culparla, si su madre viviera seguramente sonreiría y compartiría el hecho de que Manuel es finalmente el hombre que su hija debería tener.

Manuel no habla mucho, lo logra todo, hoy está feliz y de manera particular se entrega en cuerpo y alma a un matrimonio católico consiente tanto del sacramento como de su compromiso, éste compromiso lo asume también consiente de ser propio y estar en propiedad. En su mente piensa que

así deben ser los matrimonios, una consciencia y consecuencia del amor y no el objetivo del mismo, en alguna época incluso pensó que el sacramento del bautismo también debía ser consciente para los bebes y que era mejor bautizar a las personas como se hizo con el mismo Jesús a una edad en donde la certeza de la fe no nos llegara como una moda, un arraigo o un acto social, sino que nos llega como una convicción de vida humana.

La idea de los hijos se quedó atrás en tiempos pasados, ni esta noche ni ninguna de las consiguientes traería sexo con intención de fecundar, con ello vivían tranquilos los novios, aprobados por la misma iglesia a través de su mensajero el padre Pablo Lizcano. La pareja se ha propuesto dedicar el tiempo a criar sus propios anhelos y sueños, a refugiarse entre ellos mismos, a acompañarse en los años de vejez y a permanecer juntos.

El padre Lizcano mira con desconfianza a la multitud, no son fechas para andar en aglomeraciones, la pandemia arrasa con fuerza, mira a su monaguillo con cierto nerviosismo y a las cuatro y veinte minutos da inicio a una ceremonia inolvidable para quienes asistieron, digna según muchos del mismo vaticano.

Pablo Lizcano amigo inseparable de la doctora Lucía, compañeros de cátedra y ahora alumno también de ella en la facultad de medicina, juntos desde aquel congreso en el salón de convenciones de la universidad, pasan una hora cada tarde tomando él, café, y ella, aromáticas con sabor a frutos rojos, fue precisamente en una de esas tardes en dónde Lucia le convenció de oficiar su matrimonio, él jamás se negaría ante ella, sobre todo ante una mujer que conocía su

condición de hombre y clérigo y que le perdonaba tanto, como el pastor le perdona a esta oveja de su rebaño.

La simbiosis de esta trilogía se sustenta en los miedos y temores que viven en cada uno de ellos de manera singular, en su propia soledad y en el apego a lo que no es necesario, ellos son necesarios entre sí, pero al final nadie es la respuesta.

Los hombres y mujeres, homosexuales, travestis y todos los demás géneros, la humanidad, se confunde en la permanencia, viven dependientes de ella misma en una simbiosis que oculta la singularidad íntima, porque en lo singular se nos presenta el miedo de no pertenecer a nada, esa idea es aterradora para la mayoría de nosotros, nos entregamos al mundo como si en realidad la respuesta se encontrara en la periferia y no en el interior; Flaminio, María y el secretario Beltrán ya pasaron por esto cuando convirtieron gran parte de sus vidas en un suplicio hasta que el destino les puso en un sendero con fecha de arribo a destino, nadie huyó pero si partieron, lo hicieron justo después del descubrimiento de su singularidad y aprendieron a convivir en una evolución que les llegó de manera voluntaria o no.

La brisa fresca de la tarde acaricia a los novios y pasa también por los labios del padre mientras reza en su altar, él, bendice la unión de esta nueva pareja de esposos, - "puede besar a la novia", Manuel y Lucía se entrelazan felices en un beso, ella llora y él sonríe; mientras tanto, un rocío imperceptible y microscópico compuesto por minúsculas gotas de saliva, ingresa, se apodera de sus organismos, no hay retorno, Lucía de manera intempestiva abraza al sacerdote Lizcano que hoy es más un cómplice y un amigo que un

pastor y dejándose llevar por una sensación de liberación y de propiedad que controla a todo y a todos le brinda un beso corto en los labios sin tapujos (los asistentes que miran desde no muy lejos por la aglomeración se avergüenzan), ella sabe que el padre es homosexual.

Allí en la tarde fresca, brillante y cristalina en dónde la luz del sol pinta de verde las montañas y resalta el marrón de los cultivos de caña, empieza finalmente la vida de una nueva pareja de esposos, también empieza la del padre Pablo, cuando el aire que no percibimos empiece a ser un recurso escaso, nuestros personajes no huirán, pero sí se enfrentarán a ellos mismos, mirarán sus maletas, sopesarán el equipaje y el recorrido, Dios, el universo, la energía, el ser supremo, dirá si partirán o no.

A la salida de la capilla en la mente de Manuel retumban las palabras "hasta que la muerte los separe", él espera que en los anhelos de Lucía que se han convertido en su propia realidad, se le permita quedarse un poco más.

Mientras tanto, el padre Pablo recuerda su casa, su hogar, la enseñanza de Flaminio sobre los vínculos familiares que son de acero y funden a los padres con sus hijos eternamente, no ha regresado a visitar a su madre Laura, tampoco ha visto a su hermana ni al perro labrador y de su padre no volvió a saber nada, ¿Vivirán?

Fin.

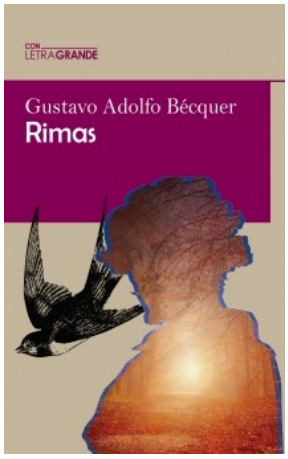
Ve hacia la luz
Relatos que permanecen,
evolucionan y parten
como nosotros mismos.
Rubén Darío Lésmes Bustamante

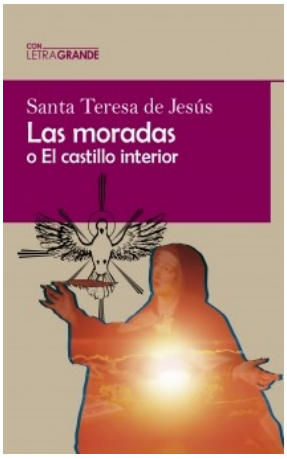
Rubén Darío Lésmes Bustamante nace el 29 de junio de 1969 en el Socorro Santander - Colombia, empieza su acercamiento con la escritura a los once años de edad cuando incursiona con la poesía. Graduado como piloto militar pasa la mayoría de sus años en el mundo de la aeronáutica en donde ha sido piloto, instructor, docente y conferencista de carácter internacional, postuló el principio de la integralidad y ha escrito entre otros artículos científicos: *El principio de la integralidad* y *El principio de la integralidad en la formación de personal aeronáutico*. Presidente de la Asociación Latinoamericana Aeronáutica y de Seguridad Operacional; redactó los *Fundamentos de la integralidad* como la inclusión articulada de las competencias no técnicas en las habilidades del personal de aviación; entre sus obras de literatura ha publicado la novela ANA "una historia sin final" y ahora nos presenta su más reciente obra VE HACIA LA LUZ "relatos que permanecen, evolucionan y parten como nosotros mismos."

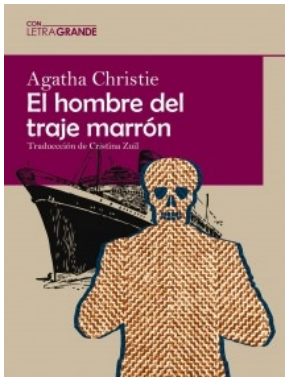
CON LETRAGRANDE

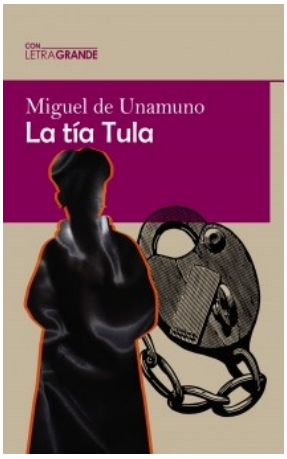
¿Conoces nuestro catálogo de **libros con letra grande**?

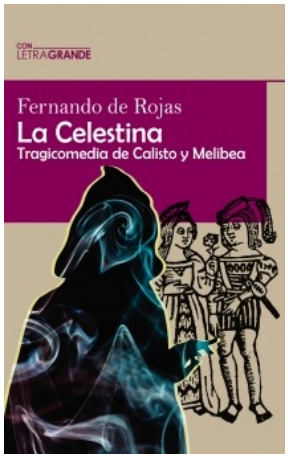
Están editados con una letra superior a la habitual para que todos podamos **leer sin forzar ni cansar la vista.**

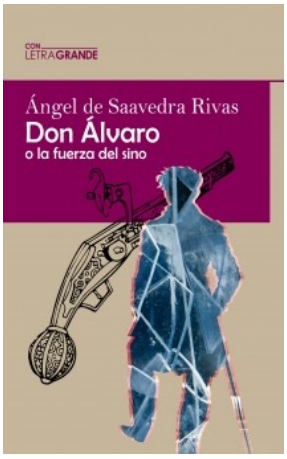


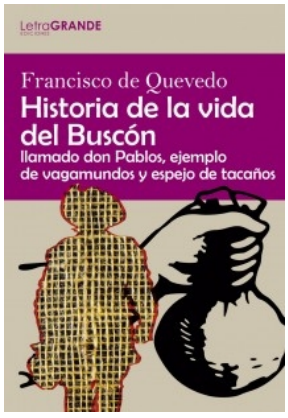


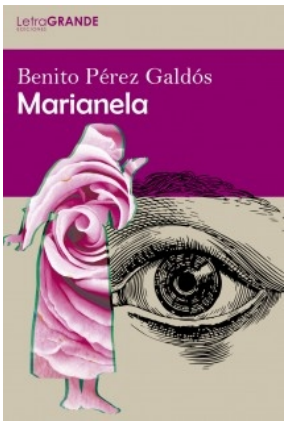












Consulta AQUI todo el catálogo completo.

Puedes escribirnos a pedidos@edicionesletragrande.com